



Megan Maxwell
Un
café *con*
sal *de*



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Lizzy es una joven moderna y extrovertida a la que le encanta salir con sus peculiares amigos. Aunque no es el trabajo de sus sueños, se gana la vida como camarera en el restaurante del hotel Villa Aguamarina de Madrid.

Un día, a la salida de una fiesta en la que ella ha servido el catering a los invitados, ve que un coche se acerca peligrosamente a un hombre que está en la acera hablando por el móvil. Lizzy no lo piensa dos veces y va en su ayuda.

Sin saberlo, acaba de evitar el atropello de William, el hijo del dueño del hotel. Serio, clásico, reservado y algo mayor que ella, en un principio se enfada al verse rodando por los suelos, pero minutos después se queda prendado con la muchacha que le ha salvado del accidente.

A partir de ese instante, el destino, y más concretamente William, harán todo lo posible para que algo mágico suceda entre ellos. ¿Estará Lizzy preparada para lo que le depara el futuro?

Si crees en los flechazos y no quieres dejar de sonreír, no te puedes perder Un café con sal, un relato que te enamorará.

L  **LIBROS**

Megan Maxwell

Un café con sal

Capítulo 1

En Madrid, en el hotel Villa Aguamarina, se celebraba el quincuagésimo aniversario de su apertura.

La cocina del establecimiento funcionaba a un ritmo infernal. Los cocineros terminaban sus minimalistas creaciones dispuestos a deleitar a todas las personas que lo pasaban bien en el evento, mientras los camareros sacaban sin parar una bandeja tras otra.

—Hummm, qué rico... ¿Esto qué es? —preguntó Lizzy a Triana.

—Ternera blanca con chocolate. ¿A que está bueno? —La joven asintió a la vez que se metía un trozo en la boca; su amiga la reprendió—: Vamos, deja de probarlo todo, que te van a pillar.

—Dios..., está riquiiiiiiiiisimo.

En ese momento uno de los encargados abrió una puerta y se quedó mirando a las dos chicas. Con celeridad, ellas pasaron junto a él y, cuando éste se alejó lo suficiente, Triana murmuró:

—Te lo dije... Te advertí de que te iban a pescar.

Al escuchar aquello, Lizzy sonrió. Tragó con rapidez y salió al salón dispuesta a repartir aquel estupendo manjar.

Lizzy era relativamente nueva en aquel hotel, aunque no en ese trabajo, y atendía a todos los comensales con una bonita sonrisa en el rostro. Por norma ni se fijaban en ella. Sólo se centraban en la bandeja que llevaba en las manos y en comer, comer y comer, como si el mundo se acabara o en su casa no hubiera nada en la nevera.

Cuando la fuente ya estaba medio vacía, al volverse vio a un hombre con un traje gris oscuro que escuchaba muy concentrado lo que otro comentaba.

Era alto, de pelo oscuro, elegante en su manera de vestir y con unos sensuales rasgos masculinos, aunque para su gusto, demasiado serios.

Durante un buen rato lo observó mientras se preguntaba si sabría sonreír.

Poco después, y sin querer evitarlo, Lizzy pasó innumerables veces por su lado, con la esperanza de que lo hiciera, pero él no lo hizo ni en una sola ocasión, y ella regresó a las cocinas. Parecía incómodo entre la gente.

Tras salir de nuevo a la sala, cargada con otra bandeja, esta vez de minirrollitos de primavera, se acercó con decisión a él. Sorprendentemente, el amigo del hombre elegante le guiñó un ojo con complicidad para llamarla y la muchacha se acercó con la fuente para ofrecerles su contenido.

Con una sonrisa se sirvió un rollito, mientras que el caballero que a Lizzy le atraía ni siquiera la miró, ni tampoco cogió nada de la bandeja. Eso la desmoralizó y, cuando se alejaba, oyó que el amigo, risueño, comentaba:

—Es mona la camarera, ¿no crees?

Eso la hizo sonreír. ¡Se habían fijado en ella!

Su nuevo y moderno corte de pelo, rapado por un lado de la cabeza y largo por el otro, estaba causando furor entre sus colegas, pero su sonrisa se congeló cuando escuchó una voz ronca que decía en español con cierto acento inglés:

—Es una niña; además, no es lo suficientemente bonita ni interesante como para estar intrigado por ella, y menos con ese corte de pelo.

Lizzy se detuvo.

¡Sería idiota el tío!

Quiso darse la vuelta y estamparle la bandeja de rollitos en la cara a aquel estúpido prepotente por haberla hecho sentir fea y poca cosa. Pero no debía. Si lo hacía, lo más probable era que perdiera el trabajo y lo necesitaba. Sólo llevaba contratada allí dos meses y le gustaba el ambiente laboral.

—Lizzy... Lizzy... —la llamó Triana sacándola de su enfado—. Vamos..., vamos, que tenemos que sacar el champiñón o esta gente se nos comerá por los pies.

Olvidándose del desafortunado comentario de aquel tipo, la joven apretó el paso, terminó de servir los rollitos y, ya con la bandeja vacía, se alejó. A partir de ese instante, continuó con su trabajo, pero no volvió a acercarse a aquel cretino. Si lo hacía, estaba segura de que nada bueno podría ocurrir.

Lo que había escuchado la había molestado. Sabía perfectamente que no era una chica despampanante, sino más bien bajita y poca cosa, pero oír aquello le había sentado mal, y mucho.

¿Cómo podía ser tan desagradable?

A las once de la noche, el cóctel se dio por finalizado y, a las doce, Lizzy, feliz por haber terminado, se cambió de ropa. Se quitó la camisa blanca, la falda y el chaleco negro y se puso sus vaqueros caídos, una camiseta anaranjada y sus zapatillas de deporte a juego.

Cuando salió, coincidió con varios compañeros en la puerta trasera del hotel. Durante un rato, hablaron, fumaron y rieron comentando las incidencias de la noche. Algunos de los invitados eran verdaderamente dignos de ser criticados. No por idiotas, sino por horteras y creídos.

Veinte minutos después, se despidió y se encaminó hacia su coche: un Seat Ibiza que se había comprado a plazos con el sudor de su frente y al que llamaba «Paco», y al que adoraba como si fuera uno más de la familia. *Paco* la llevaba y la traía a todos lados, y su buena disposición siempre era de agradecer.

Cuando ya estaba llegando a su coche, observó cómo un vehículo que se acercaba a gran velocidad ponía en peligro la vida de un hombre que hablaba por su móvil a pocos metros de ella.

Miró de nuevo al coche. Iba demasiado rápido. Miró al hombre. ¡Estaba en medio! Sin pensarlo, se lanzó en su rescate y se tiró contra él, haciéndole un buen placaje. Segundos después, los dos rodaron por el suelo. Se golpearon contra la acera y, cuando el automóvil pasó junto a ellos sin pararse, el hombre le

preguntó:

—Pero ¿qué hace, señorita?

Lizzy, aún dolorida por el batacazo, murmuró atropelladamente con un hilo de voz:

—Uf... Menudo placaje te he hecho.

Sin entender qué había ocurrido, el hombre insistió:

—¿Por qué me tira usted al suelo? ¿Se ha vuelto loca?

Ofendida, molesta y enfadada al ver que se había arriesgado por el idiota encorsetado que la había llamado fea, se lo quitó de encima sin mirarlo. Se levantó y, tocándose el codo despellejado, gritó:

—Encima de que te he salvado de morir atropellado, ¿me gritas?

—¿Atropellado?

Lizzy no pudo responder. Al sentir que algo corría por su codo, sintió que comenzaba a temblar y murmuró mirando al cielo:

—Bueno... bueno... bueno... No te desmayes, Lizzy... No te desmayes, que nos conocemos. No mires la sangre... no... no lo hagas...

Era una aprensiva tremenda, y la visión de aquel líquido rojo la mareaba y le hacía perder el sentido.

El hombre, al ver que ella se ponía blanca, la observó y, preocupado, preguntó:

—¿Qué le ocurre, señorita?

La joven se dio aire con la mano.

Procuró no mirarse el codo, pero la curiosidad le pudo y, una vez que la vio, perdió todas sus fuerzas, puso los ojos en blanco y, ante la cara de sorpresa de aquel desconocido, se desplomó.

William, al ver que la chica caía como una pluma, la cogió entre sus brazos con rapidez antes de que chocara contra el suelo y la llevó hacia su limusina, que estaba al lado. ¿Qué le había pasado? Rápidamente pidió al chófer el botiquín de urgencia y comenzó a curarla.

Cuando la joven se despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado.

Una suave música y un varonil perfume inundaron sus oídos y sus fosas nasales y, al abrir los ojos, se encontró con la cara de un hombre que la miraba con gesto de preocupación.

Lizzy parpadeó. ¿De qué le sonaba?

Durante varios segundos se miraron a los ojos hasta que ella lo recordó todo. Era el hombre que le había gritado tras salvarle la vida y que había dicho en la fiesta aquello de « No es lo suficientemente bonita ni interesante como para estar intrigado por ella » .

¡El imbécil!

Sobresaltada y tomando de pronto conciencia de todo, observó que estaba en el interior de un enorme coche de asientos de cuero beis. Tenía pinta de limusina.

—¿Se encuentra bien, señorita?

La mirada de él y su tranquilo tono de voz la sacaron de su ensimismamiento y, tras sentarse de golpe, murmuró:

—¿Qué hago aquí?

William, que la miraba más tranquilo ahora que ella había recuperado la conciencia, se echó hacia atrás en su asiento e indicó:

—Me ha salvado de morir bajo las ruedas de un coche. Los dos caímos; luego usted se vio la sangre en el brazo y se desmayó. ¿Lo recuerda?

Lizzy asintió y, cuando fue a inspeccionar su codo, él le dijo, sujetándola:

—Mejor no tentemos a la suerte.

Tenía razón. Era mejor no mirarlo. Medio atontada, mientras se reponía, oyó la música y preguntó:

—¿Qué suena?

El hombre, por primera vez, dibujó una tímida sonrisa y detalló:

—La *Sonata para piano no. 14 en do sostenido menor*, de Ludwig van Beethoven, conocida popularmente como *Claro de luna*. Compuesta en 1801 y dedicada a la condesa Giulietta Guicciardi, de quien se decía que el compositor estaba enamorado.

—Pareces la Wikipedia, colega —se mofó al escucharlo y, al tocarse el codo y notar un vendaje, él comentó:

—Se lo he curado con el botiquín de la limusina y...

—Y gracias... —cortó rápidamente—. Ya me encuentro mejor. Déjeme bajar del coche.

—Tranquílicese, señorita...

Ella clavó sus impresionantes ojos castaños en él y repitió lentamente:

—He dicho que estoy bien y quiero bajarme del coche.

Sin necesidad de que lo volviera a reiterar, el hombre abrió la puerta y la joven salió.

Una vez en el exterior de la limusina, ella observó que seguían en la calle donde estaba su vehículo. Respiró aliviada. Miró al hombre que estaba a su lado y anunció:

—He de marcharme. Buenas noches.

Pero antes de poder dar un paso, éste la sujetó del codo que no estaba magullado y dijo:

—Mi nombre es William Scoth...

Al oírlo, lo miró boquiabierta y murmuró:

—Vale, Willy, encantada y adiós.

—William —corrigió mirándola—. Es William.

—De acuerdo, William Scott.

—No es Scott, es Scoth. Mi padre es inglés.

Divertida al ver su ceño fruncido, lo escudriñó y cuchicheó:

—¿Te han dicho alguna vez que tus padres te pusieron el nombre de una marca de whisky? —Y volviéndose para que no la oyera, susurró—: ¡Menudos horteras, los colegas!

Por desgracia, él la oyó y protestó.

—Señorita, un respeto por mis padres, y le acabo de aclarar que es Scott, no Scott.

Al darse cuenta de que él la había oído y ser consciente de que en cierto modo se había pasado, lo miró y musitó:

—Tienes razón... lo siento. Lo siento... Soy una bocazas y me meto en cada jardín que lo flipas, tío. Con razón mi madre se desespera conmigo. Si ella estuviera aquí, te diría que quería tener una princesa y lo que tuvo fue un X-Men. —Él la miró sorprendido y ella añadió—: ¿Sabes? Tenemos algo en común, mi padre también es inglés. El pobre hombre vino de vacaciones a Torremolinos hace veintiséis años y conoció a mi madre. Desde entonces vive en España, concretamente en el barrio de Aluche, aunque sigue siendo del Chelsea y disfruta mucho viendo jugar a su equipo por el canal que le pirateo en el ordenata.

Sorprendido por el chorreo incontenible de palabras y el desparpajo de aquella chica, William la miró, a cada segundo más interesado, y preguntó:

—Una vez que ya sé que es medio inglesa, ¿su nombre es?

Lizzy, al oírlo, preguntó:

—¿Tenemos que tratarnos de usted?

—No nos conocemos de nada, señorita.

—Te he salvado la vida, ¡te parece poco! —Ella rio divertida ante lo ridículo de la situación.

—Insisto, me encantaría saber cómo se llama.

Negó con la cabeza mientras suspiraba, pensando en lo mucho que ese hombre le recordaba a uno de sus primos ingleses, y respondió:

—Da igual. Adiós, me tengo que marchar.

William, acostumbrado a conseguir lo que se proponía, no se rindió.

—Seguro que es un nombre tan bonito como usted.

Incrédula al oír aquello tras saber lo que pensaba de ella, siseó:

—¡Serás falso, inglesito engreído!

—Y esa lindeza, ¿a qué viene ahora, señorita? —preguntó desconcertado ante aquella reacción.

Lizzy lo miró de arriba abajo. Era para darle con toda la mano abierta y, tras clavar su mirada en su perfecta americana, cuchicheó para que lo oyera:

—A ti te lo voy a decir.

Durante unos segundos, aquellos dos desconocidos se miraron. Hasta que él, sin perder su compostura ni su saber estar, sonrió y, desarmándola por completo con su sonrisa, respondió:

—Señorita, intento ser amable con usted y agradecerle que me haya salvado

la vida. ¿Acaso no se da cuenta?

Con el corazón aleteándole desbocado por esa increíble sonrisa y la mirada tan penetrante que emitía, finalmente mintió, recordando a su compañera:

—Me llamo... Me llamo... Triana Fernández.

Incomprensiblemente, el hombre levantó la barbilla, soltó una risotada de lo más sensual y, volviendo a clavar sus impactantes ojos en ella, murmuró bajito:

—Me está engañando, ¿verdad? —Ella no respondió y él afirmó—: Si su padre es inglés, dudo que Fernández sea su apellido. ¡Confíeselo!

«Mierda, ¿por qué tendré la lengua tan larga?», pensó al escucharlo.

—Además —prosiguió él sin moverse—, si mal no recuerdo, es una de las jóvenes que nos ha servido en la fiesta y, aunque el nombre de Triana es precioso, creo haber oído que la llamaban por el nombre de Lizzy, ¿me equivoco?

«Vaya... pues sí que se fija en los detalles el amigo», consideró sorprendida y, al haber sido descubierta, finalmente respondió dándose por vencida.

—Vale, Willy, tú ganas.

—William.

Sin importarle aquella corrección, prosiguió.

—Sólo te diré mi nombre si dejas de tratarme de usted. Me incomoda una barbaridad y parece que estemos en el siglo pasado.

William lo pensó. Conocía a pocas personas como aquella joven, y por fin murmuró:

—De acuerdo. Trato hecho.

Con una candorosa sonrisa, la chica lo miró y dijo:

—Mi nombre es Elizabeth. Elizabeth Aurora, para ser más exactos. —Resopló—. Y sí, es una horterada de mucho cuidado. Mi padre quiso llamarme Elizabeth como su madre, y la mía, Aurora, como la princesa del cuento de *La bella durmiente* y, ¡zas!, Elizabeth Aurora. Me tocó el nombrecito. —Al ver cómo él la observaba boquiabierto, acabó diciendo—: Aunque, bueno, entre colegas y tal prefiero que me llamen Lizzy.

Atónito por aquella curiosa aclaración en cuanto a su nombre, y sin tiempo que perder, William le cogió con caballerosidad una mano, se la besó y murmuró:

—Encantado de conocerte, Lizzy. —Sorprendida por aquella galantería inglesa, se disponía a hablar cuando él añadió—: Déjame suponer que tu padre, siendo inglés, te llama Elizabeth, ¿no es así?

Divertida por su sagacidad, respondió:

—Puede...

William sonrió. Sin duda aquella muchacha era mucho más intrigante de lo que él había pensado cuando la había visto haciendo de camarera.

—¿Puede? —insistió.

—Prefiero que me llamen Lizzy. Es corto, rápido y mucho más actual que el

recargado ¡Elizabeth! Y ya no digamos el ¡Aurora! —Se guaseó.

Ambos rieron por su comentario y, cuando se volvieron a mirar, él afirmó:

—Elizabeth es un nombre precioso.

Su voz... sus ojos... y cómo mencionaba su nombre hicieron que a ella se le erizara el vello del cuerpo. Algo tenía aquel hombre para que ella se hubiera fijado en él durante el evento, y de nuevo ese ¡algo! estaba allí.

No podían ser más diferentes, y no sólo por la edad. Quien los contemplara, vería a una joven con un *look* muy moderno y en él descubriría al típico ejecutivo y trajeado inglés.

Durante unos segundos, ambos se miraron a los ojos con intensidad, hasta que el sonido de la música que salía por los cascos que ella llevaba al cuello atrajo la atención de él y preguntó:

—¿Qué suena?

Con un gracioso gesto, ella cogió uno de los auriculares y escuchó con atención.

—*Rude*^[1], del grupo Magic! Me encanta esta canción, colega. ¿Sabes cuáles?

Él negó con la cabeza y ella, sin dudarlo, asió uno de los auriculares y se lo puso en la oreja para que lo escuchara. Segundos después afirmó:

—Son buenos, ¿eh?

Sin darse cuenta de lo que sonaba, William sólo observaba la cercanía de aquella joven alocada y sonrió. De nuevo aquella sonrisa hechizó a Lizzy y, al sentir algo extraño, retiró el auricular del oído de William y comentó:

—Ahora sí que me tengo que ir.

—¿No deseas que te lleve a algún lado?

Lizzy miró la impresionante limusina. Si aquello entraba en su barrio, de allí no saldrían ni las llantas, pensó y, señalando el aparcamiento, dijo:

—Gracias, pero *Paco* me espera.

—¿*Paco*?!

Divertida por su gesto, Lizzy accionó las llaves de su coche y, cuando las luces de éste se encendieron, añadió:

—Willy, te presento a *Paco*. *Paco*, Willy.

Sorprendido porque ella le hubiera puesto nombre a su vehículo, sonrió. Deseaba estar más rato con aquella chispeante y alocada chica. Era lo más ingenioso y atrayente que le había pasado desde que había llegado a Madrid. Se lo iba a proponer cuando ella dijo con gesto cansado:

—Me voy. Mañana tengo turno de mañana y necesito dormir. ¿Te alojas en el hotel?

—No —respondió.

Cansada y con ganas de meterse en la cama, finalmente se despidió mientras

se alejaba:

—Buenas noches, Willy. Que descanses.

—Buenas noches, Elizabeth, y es William.

Sin moverse de su sitio, observó cómo ella se reía, caminaba hasta su coche, se montaba en él, se ponía el cinturón de seguridad y arrancaba. Cuando pasó por su lado, Lizzy le dijo adiós con la mano y él, encantado, la saludó.

Al quedarse solo en la calle, se acercó a la ventanilla del conductor de la limusina y le informó:

—Al final dormiré en el hotel. Vete a descansar.

Capítulo 2

Pipipipiiiiiii... Pipipipiiii...

Cuando sonó el despertador a las seis menos cuarto de la mañana, Lizzy se quiso morir. Estaba agotada. Apenas había dormido cuatro horas y eso la mataba.

Tras desperezarse, se sentó en la cama, resopló, se levantó y se encaminó a la ducha. Allí se quitó el vendaje que llevaba en el codo sin mirar demasiado. No quería marearse.

Cuando el agua comenzó a correr por su cabeza murmuró:

—¡Qué placer!

Durante varios segundos se apoyó en la pared de la ducha mientras el agua resbalaba por su cuerpo; la imagen del hombre con el que había terminado la noche cruzó por su mente y suspiró. Pensar en él, en su sonrisa, en su mirada y en su segura más que potente virilidad le calentaba el alma y, sin saber por qué, se pasó las manos por el cuerpo hasta llegar a su ombligo. Allí paró y, sonriendo, dijo:

—Lizzy... Lizzy... ¡No alucines!

Suspiró tratando de olvidar lo que segundos antes imaginaba y terminó rápidamente su ducha. Una vez que se hubo vestido, y ya más despejada, se dirigió hacia la cocina, donde cada mañana sus padres la esperaban tomando café.

—Buenos días, mi preciosa Elizabeth —saludó su padre.

Con una candorosa sonrisa, se aproximó al hombre que adoraba y lo besó en la mejilla. Luego se acercó a su madre para besarla y, mientras se servía un café, preguntó guiñándole un ojo a su padre:

—Mamá, ¿has hecho tostadas?

La mujer le puso rápidamente un platito delante y, satisfecha, contestó:

—Por supuesto, Aurora. Sé que te gustan mucho.

Su padre le guiñó un ojo y Lizzy, encantada, sonrió. Sabía lo importantes que eran aquellos pequeños detalles y no le costaba nada hacerle saber a su madre lo mucho que aquellas tostadas representaban para ella.

—Mamá, ¿qué planes tenéis para hoy? —se interesó mientras desayunaba.

—Iré a comprar fruta al mercadillo y luego, esta tarde, tu padre y yo nos iremos a casa de tu tía Lina a jugar unas partidillas al mus. Por cierto, ese amigo tuyo, el Garbanzo, cada día tiene más pinta de delincuente.

—¡Mamá!

—Ni mamá, ni memé, Aurorita. Pero ¿qué se ha hecho en las orejas ese muchacho? Si parece un batusi. ¡Qué disgusto debe de tener su madre!

Lizzy no pudo evitar reír; el Garbanzo llevaba meses dilatándose los agujeros de las orejas.

—Sólo pido al cielo que nunca te enamores de un hombre que lleve las orejas

así ni... —prosiguió su madre.

—Ni que lleve *pearcing*, ¡ya lo sé, mamá! —la interrumpió ella.

Su madre suspiró. No entendía a la juventud actual y, mirando el pelo de su hija, protestó:

—Mira tu cabello. ¡Ay, qué pena, hija mía! Con la bonita melena que tienes, ¡menudo crimen te has hecho rapándote un lado de tu hermosa cabeza!

—Mamáaaaaaaaaa...

—Vale. Me callo... Mejor me callo y no digo nada más.

Dicho esto, salió de la cocina y Lizzy sonrió, aunque sintió pena por no ser la princesita que su madre anhelaba. Su padre, que había seguido la conversación en silencio, miró a su hija y murmuró:

—A mí tampoco me gustan los chicos agujereados, cariño, y sé que tú serás algo más selectiva.

Dispuesta a cambiar de tema, se le acercó y cuchicheó con sorna:

—Jugar al mus. ¡Qué planazo!

Durante un rato comentó con su padre las noticias que éste leía en su tableta. Desde que le había regalado aquel juguetito, él era feliz, aunque de vez en cuando se aturullaba dándole a todo lo que salía en la pantalla y la liaba.

Cuando se acabó el café y las tostadas, la joven se levantó y, tras percatarse de que él la miraba con una ternura increíble, le dijo mientras le daba otro beso en su regordeta mejilla:

—Me voy a trabajar. Hasta luego, guapetón.

Él, encantado con la jovialidad y el cariño que la chica le demostraba todos los días, respondió a la vez que le guiñaba un ojo:

—Hasta luego, Elizabeth. Que tengas un buen día.

Cuando llegó al hotel, eran las siete menos diez. Rápidamente, se cambió de ropa en el vestuario frente a las taquillas, se puso su uniforme y corrió al restaurante, donde comenzó a servir desayunos mientras tarareaba la suave música que sonaba por los altavoces.

Su trabajo le gustaba, aunque a veces, cuando hacía algún extra como el de la noche anterior, al día siguiente estaba agotada.

—Buenos días...

Aquella voz la sacó de su ensimismamiento y, al mirar, se encontró con el guapo y apuesto hombre de la noche pasada. Pero ¿no le había dicho que no estaba alojado en el hotel?

Sin muchas ganas de confraternizar con nadie, Lizzy asintió con la cabeza y, aún molesta porque, en cierto modo, el día anterior él la había llamado fea en su cara, cogió una bandeja vacía y, sin mirar atrás, entró en las cocinas.

Allí se sentía a salvo. Pero cinco minutos después tuvo que salir. Aquél era su trabajo y él continuaba sentado a la misma mesa que minutos antes.

Lo miró de reojo. Estaba muy elegante, vestido con aquel traje oscuro, la

camisa celeste y corbata. Demasiado elegante para su gusto. Él, al verla, se levantó y caminó hacia ella con decisión.

Sin querer darse por enterada de que iba a su encuentro, suspiró cuando oyó a su lado:

—Buenos días, Elizabeth.

Incómoda por la familiaridad con que la trataba en el trabajo, murmuró:

—Buenos días, señor.

Sin más, se separó rápidamente de él. Tenía que seguir preparando mesas para los comensales, pero él la siguió y le preguntó:

—¿Has descansado?

—Sí, señor.

Al ver la distancia que la muchacha marcaba entre ellos, a pesar de que el comedor estaba prácticamente desierto, murmuró:

—Te he llamado por tu nombre. ¿Qué tal si me llamas por el mío?

—Señor, estoy trabajando y le rogaría que me dejara hacerlo.

Ahora era ella la que marcaba las distancias y con rapidez se separó de él, pero a los dos segundos ya volvía a tenerlo detrás. Tras comprobar que nadie los observaba, le siseó:

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere ahora?

—¿No te permiten hablar con los huéspedes del hotel? —le preguntó divertido.

Con ganas de degollarlo, clavó sus ojos en él y murmuró:

—Mire, señor, dejemos algo claro: yo trabajo aquí y usted, al parecer, se aloja aquí. Creo que, con ese simple matiz, ya se lo he dicho todo. —William sonrió y ella añadió—: Por lo tanto, una vez aclarado ese detalle, haga el favor de regresar a su mesa para que yo pueda seguir con lo que tengo que hacer o mi jefe de sala me llamará la atención y yo pagaré algo que usted ha iniciado.

—¿Cómo está tu herida del codo? —se interesó él haciendo caso omiso a su comentario.

—Bien.

—Pero, bien, ¿cómo?

—Y daleeeeeeeeeee... ¿Es que no me ha oído? —Y al ver que esperaba una contestación, agregó—: Está perfecta. Es usted perfecto curando... ¿Contento con la respuesta?

—Sí.

—Pues me alegro.

De nuevo se alejó de él. Se dirigía hacia las bandejas calientes para revisarlas cuando oyó:

—¿Por qué estás de tan mal humor?

«Dios mío, dame pacienciaaaaaaaaaaaaaa», pensó cerrando los ojos. Y, cuando los abrió, sin mirarlo, insistió en que la dejara en paz al ver entrar a su jefe de sala en el restaurante.

—Haga el favor de regresar a su mesa, señor. Mi jefe acaba de entrar y no quiero lios. Si necesita cualquier cosa, pídamela y yo se la llevaré a la mesa encantada.

De nuevo se alejó, esta vez en dirección a las cocinas.

« ¡Vaya un pesadito! » .

William, al ver que se marchaba, caminó hacia su mesa y se sentó. Había ansiado el momento de volver a verla, cosa que parecía que en el caso de ella no había sido así. Sonó su móvil y rápidamente contestó. Mientras hablaba, vio a la joven salir otra vez de las cocinas y la siguió con la mirada.

Aquella manera de andar y su descaro al contestar le atraían. Aquella era la mujer más real que se había acercado a él en su vida. Cuando colgó el teléfono, vio entrar a unos chicos en el comedor que no dejaban de mirarla, por lo que en un tono alto y claro, para que todo el mundo lo oyera, le pidió:

—Señorita, por favor, sería tan amable de traerme un café con leche.

Molesta al ver que su jefe de sala la miraba e indicaba con la cabeza que hiciera lo que aquel cliente pedía, Lizzy dejó lo que estaba haciendo, se encaminó hacia la mesa donde estaban las tazas y el café y, tras servirle uno y añadirle leche, se lo dejó sobre la mesa.

—Su café con leche, señor.

—Gracias —dijo y, mirándola con sorna, preguntó—: ¿Le ha echado usted azúcar?

—No.

Sin dejar de sonreír ante el gesto de la chica, añadió:

—Entonces, por favor, ¿sería tan amable de acercarme un sobrecito? O mejor —se corrigió entregándole la taza—, échemelo usted.

Lizzy deseó cogerlo de la cabeza y arrancársela.

¿Por qué no se ponía él el puñetero azúcar?

Observó a su jefe y vio que atendía a otros clientes y después salía del comedor. Eso la tranquilizó. Luego miró a ese hombre que parecía disfrutar incomodándola; con servilismo, cogió la taza que le tendía y murmuró:

—Por supuesto, señor, ahora mismo.

Entre refunfuños internos, caminó hacia la mesa en la que estaban la mermelada, la mantequilla y el azúcar, mientras la música que sonaba suavemente por los altavoces del restaurante le hizo canturrear.

Al escuchar aquella canción, *Puedes contar conmigo*^[2], sonrió. Le encantaba el grupo musical La Oreja de Van Gogh, y pensar que en unos días iría a uno de sus conciertos privados en Madrid, le alegró el momento.

Al llegar a la mesa cogió el sobre de azúcar, pero de pronto el demonio interno de Lizzy *la Loca*, ese que le hacía cometer disparates de vez en cuando, le hizo soltarlo y canturrear:

—Un café con sal...

Con disimulo, observó al tipo estirado y, sin dudarle, cogió un sobrecito de sal, lo abrió y, sin pensar en las consecuencias, lo echó en el café y lo removió.

A continuación, caminó hacia la mesa donde él la esperaba tranquilamente ojeando el periódico y, cuando dejó la taza ante él, murmuró:

—Su café con leche, señor, ¡que le aproveche!

William la miró y vio cómo el gesto pícaro de ella se esfumaba al ver entrar de nuevo a su jefe en el restaurante y dirigirse directamente hacia ellos.

« Joder... joder... ¡me ha pillado! », supuso desconcertada.

Instantáneamente se arrepintió de su acción. Pero ¿qué bicho le había picado para echarle sal en el café?

¿Se había vuelto loca?

Pensó en cómo arrebatarérselo antes de que el estropicio llegara a más, pero el jefe de sala se acercaba hasta ellos y ya nada se podía hacer para remediar el inminente desastre.

—¿Todo bien por aquí, señor Scoth? —preguntó parándose cordialmente junto a la mesa.

William, que en ese instante acababa de dar un sorbo, notó el sabor de aquel brebaje y quiso escupir. Aquello parecía matarratas... Sin embargo, al ver que la joven estaba descompuesta mirándolo, intentó controlar su gesto y, deglutiendo la bazofia que le había servido, respondió con seguridad.

—Todo perfecto.

Lizzy se quiso morir. El trago que acababa de darle al café con sal tenía que haberle sabido a rayos y centellas y, cuando su jefe se alejó, se mordió el labio inferior y, arrepentida por lo que había hecho, susurró llenándole un vaso con agua fresca:

—*Aiss*, Dios míooooooooo... Lo siento... lo siento...

—¡Cállese! —siseó él.

—Se me nubló la mente y salió Lizzy *la Loca*. Perdí la razón por un instante y yo... le eché sal en vez de azúcar y... Oh, cielossssss..., lo sientoooooooooooooo de todo corazón y le pido millones de disculpas.

Con mal sabor en la boca, el hombre se levantó y rechazó el vaso de agua que ella le ofrecía. Lo que acababa de hacerle era una falta muy grave, intolerable.

Lizzy, asustada y arrepentida por su mala acción, se encogió, y él, mirándola desde su impresionante altura, le advirtió mientras se agachaba hacia su cara:

—Aléjese de mí antes de que haga que la despidan.

—Lo sientoooooooooooooo.

—Fuera de mi vista o le juro que...

Pero no pudo continuar. En ese momento se oyó un estruendo en la sala. Su jefe se había resbalado y estaba espatarrado en el suelo. Sin tiempo que perder, los dos acudieron en su ayuda y William, al ver que aquél tenía sangre en la

frente, dijo:

—Elizabeth, no mires.

—¿Por qué? —Y al hacerlo murmuró—: Oh, Diosssssssssssss... Tiene... tiene... sang...

William la asió de la cintura con celeridad antes de que cayera desplomada. Era la segunda vez que la sostenía entre sus brazos en menos de veinticuatro horas. Durante unos instantes, le miró su delicado rostro y finalmente, al ver al hombre en el suelo, la llevó hasta uno de los sillones.

Instantes después aparecieron en el comedor varios camareros.

—Llaman a una ambulancia —pidió William. Luego miró a Triana, la amiga de la joven, que se les acercaba y añadió—: Ocúpese de ella mientras yo me encargo de él.

Triana asintió.

—Sí, señor.

Media hora después, Lizzy, ya repuesta de su desmayo, andaba junto a Triana cuando vio que William entraba en el hotel. Él aceleró el paso para acercarse hasta ella y, cuando estuvo a su lado, le preguntó mirándole a los ojos:

—¿Te encuentras bien, Elizabeth?

Triana, sorprendida porque aquel caballero conociera el nombre de su amiga, la miró.

¿Desde cuándo Lizzy se tuteaba con aquel hombre?

La joven, atosigada por la mirada de ambos, murmuró:

—Sí, señor. Gracias.

La compañera, al intuir que sobraba por cómo la miraba él, se excusó para alejarse.

—He de regresar ¡urgentemente! a la cocina.

Una vez que se quedaron solos, él, sin quitarle el ojo de encima a la joven, dijo:

—Sin duda, ves una gota de sangre y te mareas. Nunca te podremos contratar como enfermera.

A ella aquello le hizo gracia y, mirándolo, cuchicheó:

—Siento lo del café. Fue una tontería y...

—Francamente estaba asqueroso —la cortó—. No es algo que una camarera que se precie de trabajar en este hotel deba hacer. Pero —sonrió—, si eso ha hecho que me vuelvas a sonreír, habrá merecido la pena ese sorbo de café con sal.

Ambos sonrieron. Lizzy se sentía muy acalorada por cómo la contemplaba y trató de escabullirse.

—He de regresar al trabajo. Gracias por todo.

Con rapidez, él se movió y, tras cogerle la mano, se la besó con delicadeza. Aquel gesto tan caballeroso que su padre siempre hacía cuando le presentaban a

una mujer le hizo gracia y, tras guiñarle un ojo, se marchó. Debía continuar trabajando.

Cuando entró en las cocinas, Triana fue a su encuentro, la asió de la mano que él acababa de besar y le preguntó:

—¿Qué me tienes que contar?

Al oír aquello, Lizzy sonrió y, antes de poder decir nada, Triana insistió.

—¿De qué os conocéis? ¿Por qué sabe tu nombre?

La joven se encogió de hombros y respondió:

—Anoche, cuando me despedí de ti e iba hacia *Paco*, un coche casi lo atropella... y yo lo salvé.

—¿Que lo salvaste?

Lizzy asintió y siseó para que nadie la oyera.

—Me lancé contra él como si fuera un jugador de rugby y el resultado fue que sigue vivo y coleando y yo me destrocé un codo —explicó enseñándole el apósito que se había puesto después de ducharse.

Incrédula, Triana murmuró:

—Eso es fantástico.

—¿Es fantástico tener el codo así? —se mofó.

Triana, todavía sorprendida por aquello, indicó:

—Eso te habrá hecho ganar muchos puntos con ese increíble caballero.

—¿Puntos? ¿Para qué?

—Para que no te despidan. Ya sabes que están haciendo reestructuración de plantilla y tú eres de las últimas en llegar.

Al recordar lo que había hecho con el tema del café con sal, susurró:

—Lo dudo.

—No digas tonterías —insistió Triana y, al ver que ella la miraba, preguntó—: ¿No me digas que no sabes quién es ese trajeado inglés? —Lizzy negó con la cabeza y Triana cuchicheó—: Es el dueño del hotel, ni más ni menos.

Al oír aquello, Lizzy se agarró a la mesa más cercana.

No sólo había llamado hortera a los padres de aquel tipo, entre otras lindezas, además le había dado aquel maldito café con sal; mirando a su amiga, murmuró convencida de su corto futuro allí:

—Creo que, ahora que sé quién es, tengo todos los puntos para que me despidan la primera.

Capítulo 3

Al día siguiente, Lizzy se levantó y se marchó a trabajar; a pesar de la incertidumbre de si la despedirían, sintió cierto júbilo en su interior al llegar al hotel. Observar a aquel maduro hombre caminar por el establecimiento se había vuelto como una necesidad. Sólo con verlo sentía que el corazón le galopaba a toda mecha y, si encima la miraba, ya se quería morir de felicidad.

Sobrecogida, intentaba entender qué le ocurría. No era su tipo. A ella le gustaban los chicos más jóvenes y, a ser posible, de su mismo rollo en vestimenta y gustos, y sobre todo divertidos y alocados... y aquél, de divertido y alocado, tenía lo que ella de monja de clausura.

La noche anterior, cuando llegó a su casa, había indagado sobre él en Google. Allí descubrió que el hotel pertenecía a su familia y que él era la tercera generación en regentarlos. Tenía treinta y seis años. Doce más que ella. Estaba recién separado de una rica heredera inglesa, no tenía hijos y había cursado nada menos que tres carreras universitarias, además de poseer otros hoteles en Inglaterra, Miami y California.

Saber todo aquello la acobardó. Nunca había conocido a nadie con tanto poder y, al recordar cómo lo había tratado con anterioridad, intuyó que tarde o temprano tendría problemas con él.

Pero, sin saber por qué, comenzó a fantasear con William y eso la fastidió. ¿Por qué pensar en un hombre que era todo lo opuesto a ella?

De lo que ella no se había dado cuenta era de que él, cada mañana a la misma hora, se plantaba ante la cristalera del que fue el despacho de su padre para observar el aparcamiento donde Lizzy solía dejar el coche. Le gustaba contemplarla cuando ella no se percataba y disfrutaba extraordinariamente con cada paso o cada gesto de la muchacha al reencontrarse con sus compañeros y sonreír.

Una vez que la veía entrar en el hotel, bajaba al restaurante y, pacientemente, esperaba a que ella apareciera en el comedor y, con su galantería habitual, le daba los buenos días. Ella le sonreía al verlo y después comenzaba a trabajar sumida en mil preguntas inquietantes.

William, por su parte, buscó información sobre ella a través de la documentación que el hotel poseía. Saber que sólo tenía veinticuatro años le hizo entender su manera loca y desenfadada de vestir y de moverse, y el descaro que tenía al hablar. Comparándolo con él, ¡era una niña!

Cuando la veía llegar con los pantalones vaqueros caídos y las zapatillas de cordones de colores, le chirriaban los ojos, pero un extraño regocijo se instalaba en su interior y no podía dejar de buscarla con la mirada.

A la hora de la comida, bajó al restaurante a almorzar y allí, parapetado tras una cristalera, escuchó a la joven comentar a uno de sus compañeros que esa

noche pensaba ir al cine con sus amigos. Cuando Lizzy pasó por su lado, la llamó.

—¡Señorita!

Al oír aquella voz, se encogió. Él.

Se dio media vuelta y lo miró.

—Sería tan amable de traerme una botella de vino tinto de Altos de Lanza de 2006 —pidió amablemente.

—Por supuesto, señor.

Con paso presuroso, se dirigió hacia donde tenían aquel maravilloso rioja español y regresó con él. William extendió la mano para cogerlo y ella le entregó la botella. Durante unos segundos, él miró la etiqueta y finalmente preguntó:

—¿Lo has probado?

Lizzy negó con la cabeza. Los vinos no la volvían loca; él continuó.

—Esta maravilla es fruto de unos viñedos de más de setenta años; en su proceso de elaboración, este vino ha sido altamente mimado para que se disfrute al beberlo.

Acalorada por aquellas simples palabras dirigidas al caldo, que ella se tomó como propias, asintió. Cuando él le devolvió la botella y ella estaba a punto de cogerla, le preguntó:

—He oído que esta noche quizá vayas al cine con unos amigos.

Sorprendida por su curiosidad, murmuró abriendo la botella para decantarla:

—Puede...

De pronto, el jefe de sala se acercó hasta ellos y, quitándole a la joven la valiosa botella de vino de las manos, le ordenó:

—Yo me ocuparé, Lizzy. Regresa a tu trabajo.

La chica asintió y, sin mirar a un ofuscado William, se marchó. Debía continuar con sus tareas.

Aquella tarde, al salir del trabajo, la muchacha esperaba en la puerta del hotel fumándose un cigarrillo cuando oyó a sus espaldas:

—Fumar perjudica la salud.

Al volverse, sorprendentemente se encontró de nuevo con el hombre que no podía quitarse de la cabeza; ella, sin hablar, asintió. Cuanto menos hablara con él, mejor.

Durante unos segundos ambos permanecieron callados, hasta que él añadió:

—¿Has acabado tu turno?

—Sí.

—¿Sabes qué película vas a ver?

Ella negó.

—No. Llegaremos a un consenso entre todos los colegas.

William, algo jorobado por saber que ella se marchaba con sus amigos, fue a hablar cuando un coche con la música a toda leche paró ante ellos.

—Uooooaaaa, Lizzy —saludó alegremente el Garbanzo desde el interior.

Ella sonrió y apagó el cigarrillo, y William, sin dejar de escudriñar al chico que iba dentro del vehículo, preguntó con curiosidad:

—¿Qué le pasa en las orejas?

«Otro antiguo como mi madre», pensó resoplando y, sin contestar a su pregunta, se despidió.

—Hasta mañana, señor.

William farfulló también una despedida y, ante sus ojos, aquel joven arrancó el vehículo y ella se marchó.

Para William, perderla de vista era decepcionante, por lo que se dio la vuelta y decidió volver al trabajo. Para eso estaba en Madrid.

Esa tarde Lizzy lo pasó de muerte con sus amigos e intentó olvidarse de su encorsetado propietario de hotel, aunque no lo consiguió. Aquel hombre tenía un magnetismo especial y fue incapaz de quitárselo de la cabeza. Se fueron a tapear por la plaza Mayor y, al final de la tarde, decidieron aparcar el cine e irse a tomar unas cervecitas a un local de unos colegas.

A la mañana siguiente, cuando Lizzy llegó al hotel, coincidió con él en el ascensor. ¿Por qué se lo encontraba siempre? ¿Acaso la seguía? Sólo se saludaron con una rápida mirada que a ella la acaloró.

Aquel hombre tan serio, tan alto y tan interesante le hacía sentir algo que nunca había experimentado e, inevitablemente, al final se tuvo que dar aire con la mano. Pero el ascensor se llenó de gente y William, en actitud protectora, se colocó a su lado. Necesitaba aquella cercanía.

A Lizzy, el olor de su colonia y de su piel le inundó las fosas nasales y, cuando segundos después los nudillos de sus manos se rozaron con más intensidad de la necesaria, no pudo evitar temblar.

¿Qué le estaba ocurriendo? Y, sobre todo, ¿qué estaba haciendo?

William, al llegar a la planta donde tenía la oficina, se bajó del ascensor con aplomo y sin mirarla y, tras él, las puertas se cerraron; entonces tuvo que pararse unos instantes para tranquilizarse. Elizabeth, sin saberlo, lo estaba volviendo loco.

Aquella tarde, tras pasar el día intentando mantenerse alejado de ella, vio, a través de la cristalera del ventanal de su despacho, cómo un joven con pintas modernas la recogía en una moto.

¿Sería el mismo chico de la tarde anterior?

¿Tendría novio?

Ver cómo ella le sonreía y cómo posteriormente se agarraba a su cintura para alejarse lo llenó de frustración.

Los días iban pasando y, en silencio y a distancia, la veía bromear con sus compañeros. Aquellos muchachos con los que ella reía y confraternizaba, que

llevaban pantalones caídos y camisetas con obscenas imágenes plasmadas en ellas, eran chicos de su edad. Jóvenes a los que les encantaba divertirse y parecían no tener su sentido del ridículo.

Pero, no dispuesto a cesar en su empeño de conocerla, ese día decidió dar un paso adelante y comer en su despacho. Avisó a su secretaria, Loli, para que le subieran el almuerzo allí y se aseguró de que quien lo hiciera fuera la chica. El jefe de sala de Lizzy, al recibir la nota y sin darle mayor importancia, así se lo pidió a la joven y ésta, suspirando, decidió cumplir su cometido.

Una vez tuvo en la bandeja lo que él había solicitado, se encaminó hacia el despacho. Loli, al verla, se levantó y, guiñándole un ojo, le indicó:

—Entra. El jefe espera su comida. Yo me voy a almorzar.

Lizzy asintió y, tras llamar con los nudillos a la puerta y oír su ronca voz invitándola a entrar, pasó.

Sin mirarlo a los ojos, se acercó hasta la mesa donde él la esperaba y preguntó:

—¿Dónde quiere que coloque la bandeja, señor?

Atontado como siempre que la veía, rápidamente miró a su alrededor y señaló una mesita baja que había junto a dos sillones mientras indicaba:

—Allí estará bien.

Lizzy se encaminó hacia donde le había dicho. Una vez hubo dejado la bandeja, se volvió para marcharse y se tropezó con él. Lo tenía detrás. William, al percibir el gesto molesto de ella se retiró hacia un lado, pero añadió:

—Serías tan amable de sentarte un segundo, Elizabeth. Tengo que hablar contigo.

Al escuchar aquello, se le vino el mundo encima. Sin duda ya había tomado la decisión y la iba a despedir. Con las piernas temblorosas, se sentó en uno de los sillones que había libre y él planteó:

—¿Lo pasaste bien el otro día con tus amigos?

Sin entender a qué venía aquella pregunta, respondió:

—Sí, señor.

—William —la corrigió.

Ella no dijo nada y lo miró con cierto reproche.

Él se sentó frente a ella. La miró, la miró y la miró hasta que ésta, con un hilo de voz, susurró:

—Escúcheme, señor, si me va a despedir...

—Elizabeth, tutéame, por favor, estamos solos —insistió él.

Con la cabeza embotada por todo lo que por ella pasaba, la joven prosiguió.

—Si me vas a despedir, créeme que lo entiendo. Te he demostrado que soy una mala empleada tras aquel maldito café con sal que te serví. Pero... por favor... por favor, piénsalo de nuevo. Necesito este trabajo y te prometo que...

—Elizabeth...

—¡Qué mala suerte la mía! Con lo bien que estaba aquí y con lo que me costó que aceptaran mi currículum. Con todo el paro que hay en España me será difícil encontrar un nuevo empleo. Y eso por no hablar del disgusto que les voy a dar a mis padres. Estaban tan felices de que hubiera encontrado este curro y...

—No te voy a despedir —la cortó—. ¿Por qué crees eso?

Oír aquello fue bálsamo para sus oídos.

—¿De verdad que no me vas a echar? —insistió, incrédula, con un hilo de voz.

—No, Elizabeth. Claro que no.

La joven, nerviosa, se tocó la frente. Contó hasta diez para tranquilizarse mientras se retiraba el pelo del rostro. Se restregó los ojos, se dio aire con la mano y, levantándose, murmuró:

—Uf... Pensé que querías hablar conmigo para eso.

Consciente del mal rato que le había hecho pasar, se levantó de su sitio y, plantándose ante ella, dijo cogiéndole una mano:

—Tranquila, Elizabeth, y discúlpame por la confusión.

Ella sonrió y, tras soltar una bocanada de aire, afirmó:

—Ya me veía en la cola del paro arreglando papeles con mi madre detrás.

William, hechizado por el magnetismo que ella le provocaba, acercó una mano a su rostro y, mientras se lo acariciaba, susurró:

—Eres una buena trabajadora, a pesar de lo que ocurrió entre nosotros. Te observo y veo cómo cuidas al detalle tu zona de trabajo, cómo sonríes a los huéspedes y cómo te desvives para que ellos se encuentren como en su casa.

Sorprendida por aquello y consciente de que la cálida mano de él estaba en su mejilla, fue a decir algo cuando intuyó lo que iba a pasar, pero no se movió. Lo sabía. Aquél era un momento lleno de tensión sexual. Ambos se miraban a los ojos a escasos centímetros el uno del otro y, como imaginó, él agachó la cabeza para estar más a su altura y, rozándole en la boca con sus labios, murmuró:

—Sólo proseguiré si tú lo deseas tanto como yo.

Sus bocas se tocaron, sus alientos se unieron, sus cuerpos se tentaron. William controlaba a duras penas su loca apetencia por ella. No quería asustarla. No deseaba que huyera. Desde hacía tiempo, William, en referencia a las mujeres, tomaba lo que se le antojaba, sobre todo desde que su esposa le pidió el divorcio. Por suerte podía hacerlo. Podía elegir y ellas nunca lo rechazaban, pero aquella muchacha tan joven era diferente y sólo anhelaba que lo deseara y no se asustara de él.

Sin apartarse de ella, sus respiraciones se aceleraron y él insistió:

—Elizabeth... ¿qué deseas?

Atontada por el morbo de la situación y la sensualidad de su voz, ella cerró los ojos. Tomar lo que él le ofrecía era lo más fácil. Lo deseado. Durante unos segundos dudó sobre qué debía hacer mientras su bajo vientre se deshacía por aceptar aquella dulce y seductora oferta. La tentación era muy muy fuerte, y

William, muy apetecible.

El deseo que sentía por besarlo le nublabla la razón, pero, consciente de que él era su jefe y no uno de sus colegas con derecho a roce, dio un paso atrás y en un hilo de voz musitó, marcando las distancias:

—Señor, prefiero no continuar.

William asintió. Aceptó aquella negativa. No iba a presionarla.

—Puedes marcharte, Elizabeth —dijo sin dejar de mirarla.

Acalorada, caminó hacia la puerta del despacho y, una vez hubo salido de él, se apoyó en la pared para darse aire con la mano y respirar. Había estado a punto de besar al jefazo. Había estado a punto de cometer una gran locura y, consciente de que había hecho lo más sensato, se encaminó hacia el ascensor a toda prisa.

Exaltada, le dio al botón del ascensor varias veces. Debía huir de allí cuanto antes. La tentación, el morbo y el deseo gritaban en su interior que no los dejara así y, cuando las puertas de la cabina se abrieron, no se pudo mover. Su cuerpo le exigía, le rogaba, le pedía que regresara al despacho y acabara lo que no había sido capaz de terminar.

Se resistió durante unos segundos. Era una locura. Era su jefe máximo. No debía hacerlo. Pero al final, en lugar de meterse en el cubículo, se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos.

Esta vez entró sin llamar. Encontró a William en la misma posición que lo había dejado y, cuando éste la miró, ella, sin hablar, caminó hacia él y se tiró a sus brazos.

Sin dudarle, él la cogió. Aspiró el perfume de su pelo y enloqueció cuando la oyó decir cerca de su boca:

—Quiero ese beso. Dámelo.

Encantado por aquella efusividad y exigencia, acercó su boca y, con decisión, la devoró. Introdujo su lengua en ella y saboreó hasta su último aliento mientras la tenía en sus brazos y la sentía temblar de excitación.

Durante varios minutos, ambos se olvidaron del mundo, de quiénes eran y de cualquier cosa que no fueran ellos dos, sus bocas y el sonido de sus respiraciones.

Lizzy enredó sus dedos en el abundante pelo engominado de él y, enardecida, se lo revolvió, mientras notaba cómo él la apoyaba contra la pared y le metía las manos por debajo de la falda del uniforme para tocarle con posesión las nalgas.

«Dios... Dios... Diossssss, ¡qué placer!», pensó arrebatada al sentirse entre sus brazos.

Extasiada por lo que aquel hombre le hacía experimentar, se dejó llevar. Nunca ninguno de los chicos con los que había estado la había besado con tanto deleite, ni tocado con tanta posesión, y un jadeo escapó de su cuerpo cuando él, separando su boca de la de ella unos milímetros, murmuró:

—Te arrancaría las bragas, te separaría los muslos y te haría mía contra esta

pared, luego sobre la mesa y seguramente en mil sitios más. ¿Lo permitirías, Elizabeth?

Excitada, calcinada y exaltada al oír a aquel hombre decir aquella barbaridad tan morbosa, se olvidó de todo decoro y asintió. Sí... sí... sí... quería que le hiciera todo aquello. Lo anhelaba.

Sin demora, la mano de William agarró un lateral de sus bragas y tiró de ellas con suavidad para clavárselas en la piel. Ella jadeó.

—Hazme saber lo que te gusta para poder darte el máximo placer, Elizabeth.

Esas calientes palabras y los movimientos de su mano enredada en sus bragas la volvieron loca. Inconscientemente, un nuevo jadeo cargado de tensión salió de su boca y tembló de morbo al sentir que un experto en aquella linde era quien guiaba la acción y la iba a hacer disfrutar.

No hacía falta hablar. Ambos sabían a qué jugaban y qué querían... hasta que sonó el teléfono de la mesa del despacho y, de pronto, la magia creada se rompió en mil pedazos.

Separaron sus lenguas y posteriormente sus bocas para mirarse. La mano de él soltó las bragas, mientras sus respiraciones desacompañadas les hacían saber el deseo que sentían el uno por el otro.

De repente Lizzy pensó en su padre. Si él se enterara de lo que estaba haciendo con su jefe en aquel despacho, se llevaría una tremenda decepción. Él no la había criado para eso y, temblorosa, susurró:

—Creo... creo que es mejor que paremos.

William la miró. Si por él fuera, la desnudaría en un instante para continuar con lo que deseaba con todas sus fuerzas, pero, como no quería hacer nada que ella no deseara, murmuró:

—Tienes razón. Éste no es el mejor sitio para lo que estamos haciendo.

Lizzy asintió rápidamente y afirmó:

—No, no lo es.

Con pesar, William la bajó al suelo y, una vez la hubo soltado, se tocó el pelo para peinárselo; cuando fue a decir algo, ella se dio la vuelta y se marchó. Necesitaba salir de allí. El calor y la vergüenza por lo ocurrido con él apenas la dejaban respirar y corrió hacia la escalera; no quería esperar el ascensor.

Cuando llegó a las cocinas, fue hacia el fregadero, se llenó un vaso de agua y se lo bebió.

¿Qué había hecho?

Por el amor de Dios, ¿se había liado con el jefeazo!

Sus labios aún hinchados por los fogosos besos de aquel hombre todavía le escocían cuando oyó a su jefe de sala decirle:

—Vamos, Lizzy, regresa al restaurante. Te necesitan.

Soltó el vaso, se arregló la falda y, levantando el mentón, volvió a su trabajo. No era momento de pensar, sólo de currar.

Esa tarde, cuando salió del hotel, decidió irse a tomar algo para meditar sobre lo ocurrido. Sin duda, se había vuelto loca. Ella no era una mojigata, pero... ¡liarse con el jefazo en su despacho clamaba al cielo! No era que la faltara un tornillo, ¡sino veinte mil!

Pensó en llamar a su amigo Pedro. Siempre la entendía y con él tenía una confianza extrema. Pero no. Tampoco podía hacerlo. Algo en ella se avergonzaba. Liarse con el superjefe era una de las cosas peor vistas por la gente y hasta ella misma se horrorizó. Si sus padres se enteraran, se quería morir de la vergüenza.

Pero, le gustara o no, era incapaz de dejar de pensar en él... en su boca, en sus ojos, en sus manos cuando la habían tocado, en sus palabras morbosas y llenas de deseo... Resopló. Sin duda aquel hombre sabía muy bien lo que se hacía. Se lo había demostrado en décimas de segundo y sólo con imaginarlo se acaloraba de nuevo.

William, que como ella le estaba dando mil vueltas a lo ocurrido, intentó no cruzarse con la joven durante todo el día para no incomodarla, pero estuvo pendiente de su marcha. Cuando vio que ella salía del hotel, no lo dudó y la siguió a cierta distancia. Si antes pensaba en ella, tras lo sucedido, y tras haber probado sus besos, se había convertido en una loca necesidad.

Llovía como en Londres. En noviembre, el tiempo en Madrid era cambiante, y Lizzy, tras aparcar su coche en un parking público, caminó bajo su paraguas por las calles de la capital hasta entrar en un Starbucks.

William le pidió a su chófer que se marchara y, sin paraguas, anduvo tras ella; cuando la vio entrar en aquel local, la buscó a través de la cristalería. Mirarla, desearla y recrearse en lo ocurrido ese día se había convertido en su mayor afición. Cuando la localizó, empapado de agua, la vio recoger en una bandeja su pedido y dirigirse hacia el fondo.

Calado hasta los huesos, vio que ella buscaba una mesa libre mientras movía los hombros y la cabeza al compás de la música. Sin duda llevaba los auriculares puestos. Sonrió. Justamente aquella jovialidad, fresca y poca vergüenza eran lo que llamaba tanto su atención, y la observó sin ser visto.

Durante varios minutos, como un tonto bajo la lluvia, se planteó si entrar o no. Ella trabajaba para él. Lo ocurrido en su despacho había sido una insensatez. Él era su jefe y debía comportarse como tal. No debía proseguir con aquel complicado juego o se quemaría. Estaba recién divorciado. Apenas hacía cuatro meses que había recuperado su preciada libertad, pero era verla y obviar aquel detalle para querer conocerla.

Cinco minutos después, había decidido que lo mejor era marcharse y se dio la vuelta. Él no era así. Nunca había acosado a una mujer y, siendo quien era en aquel hotel, debía dar ejemplo en la empresa. Las relaciones entre los empleados

estaban prohibidas. No. Definitivamente debía olvidar lo sucedido.

Pero, al igual que le había pasado a Lizzy cuando fue a coger el ascensor, de pronto William se dio la vuelta y, con decisión, regresó sobre sus pasos y entró en el Starbucks. Deseaba estar con ella.

Fue hasta la caja y pidió un expreso en taza de cerámica. Él no bebía en recipientes de plástico.

Una vez lo pagó y la camarera se lo sirvió, dudó de nuevo.

¿Debía acercarse a ella?

La observó. Ella parecía enfrascada escribiendo en su iPad mientras escuchaba música. Ni siquiera se había percatado de su presencia. Como un bobo y con el traje empapado, caminó hacia un lateral del Starbucks, pero al final se dio la vuelta, tomó aire y se dirigió hacia ella.

Cuando estuvo a su lado, sin que ella aún hubiera levantado la cabeza, la saludó:

—Buenas tardes, Elizabeth.

Lizzy ni se inmutó; continuó con su iPad y su música. Boquiabierto al verla tan abstraída, pensó qué hacer y finalmente extendió la mano y le tocó el hombro para llamar su atención.

Sobresaltada, lo miró y se quedó muda.

Durante unos segundos, sus ojos se encontraron, hasta que, señalando el sillón libre que había a su lado, él dijo:

—¿Puedo sentarme contigo?

Se quitó los auriculares tremendamente sorprendida y asintió.

Pero, bueno, ¿qué hacía él allí?

William se acomodó a su lado y, al ver que ella hablaba por Facebook a través de su iPad, le preguntó:

—¿Te diviertes en las redes sociales?

Aún bloqueada por verlo a su lado, respondió acalorada al recordar, una vez más, lo ocurrido entre ellos.

—Sí.

Los nervios la atenazaron. ¿La había seguido?

Al mirarlo con detenimiento, vio que estaba empapado. No llevaba paraguas, y su traje, su pelo, su camisa... chorreaban. Pobre. Debía de estar congelado.

Durante un minuto que se hizo eterno, ambos se mantuvieron en silencio sumidos en sus propios pensamientos hasta que finalmente él, al ver el efecto que había causado en ella, se levantó y dijo:

—Lo siento. Te he interrumpido. Será mejor que me vaya.

Eso la hizo reaccionar y, agarrándolo del brazo, pidió:

—Quédate. No interrumpes nada.

Cuando él se volvió a sentar, ella apagó el iPad y, mirando la taza de cerámica que él llevaba, preguntó:

—¿Qué estás bebiendo?

—Un expreso, ¿y tú?

Lizzy contempló su vaso de plástico transparente donde ponía su nombre en rotulador negro y respondió:

—Un *frappuccino* de vainilla.

Él miró el vaso y, sorprendido, planteó:

—¿Está bueno servido en un recipiente de plástico?

Ella asintió y, cogiéndolo, lo puso delante de él y dijo:

—¿Quieres probarlo?

William la miró y, sonriendo por primera vez, murmuró:

—No, gracias. Con el expreso tengo suficiente.

Nerviosa y desorientada por su presencia, dio un trago a su bebida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Cansado de sentirse como un quinceañero cuando en realidad era un infalible hombre de negocios londinense, pensó en qué decir, pero finalmente confesó.

—Te he seguido.

Lizzy se atragantó.

—¡¿Qué?!

—Quería estar contigo. —Incrédula, pestañeo, y él añadió—: No sé si debo disculparme por lo ocurrido hoy en el despacho, pero es verte y desear cosas que nunca pensé que desearía con una joven como tú.

—¿Como yo? ¿Qué quiere decir eso de «una joven como yo»?

Sin poder evitarlo, levantó una mano hacia el lado de la cabeza que Lizzy llevaba rapado y, tocándoselo, murmuró:

—Soy bastante mayor que tú y...

—Ah, vale —lo cortó—. Ya te entiendo.

William sonrió y, rozándole el óvalo de la cara, dijo:

—Me atraes mucho. Tanto como para cometer la locura que he hecho hoy en mi despacho, pero también soy consciente de que hice algo que no debía.

Lizzy bebió de su *frappuccino*. Beber era lo único que podía hacer.

No sabía qué decir, pues él tenía toda la razón. No tendrían que haberlo hecho.

Pero, incapaz de no mirarlo, se acaloró al sentir cómo todo su cuerpo se reactivaba como un volcán ante su presencia y sus palabras. Él tampoco era el tipo de hombre con el que solía estar, pero, sin duda, le nublabla la razón.

—Y estoy aquí —prosiguió él— porque sé a qué hora termina tu turno de trabajo y quería invitarte a tomar algo para hablar y...

No pudo decir más. La joven le puso un dedo en la boca y, sorprendiéndolo, soltó:

—Pienso como tú. Lo ocurrido es una locura, pero las locuras, en ocasiones, son interesantes y divertidas. Y aunque te doy la razón en que no deberíamos

habernos besado, tengo que confesarte que me siento muy atraída por ti; de lo contrario, nunca lo hubiera hecho, Willy.

—William —matizó él abstraído.

Al oírlo, ella sonrió y, con una picardía en los ojos que lo dejó fuera de juego, cuchicheó:

—Lo siento, Willy, pero en este momento no eres mi jefe, ni estamos en el curro.

Ahora el que sonrió fue él y parte de su nerviosismo se esfumó. Sus ojos y los de ella se entrelazaron con más intensidad y, acercándose un poco más a ella, murmuró:

—¿Crees que las locuras son interesantes y divertidas?

Mimosa, le miró los labios y respondió en un tono de voz bajo.

—En ocasiones, sí. Todo depende del tipo de locura que sea.

Hechizado por su cercanía, él asintió y volvió a preguntar.

—¿Y qué tipo de locura es ésta?

Lizzy aspiró su aroma y, sin un ápice de vergüenza, contestó:

—Una locura sexual.

—¿No crees en el amor?

La joven asintió pero, acalorada por la pregunta, respondió:

—Sí. Aunque no creo en los cuentos de príncipes y princesas.

—¿Puedo besarte de nuevo, Elizabeth?

La respiración agitada de la joven se aceleró y, mientras asentía con la cabeza, afirmó con un hilo de voz:

—Estás tardando, Willy.

Azorado por aquella inmediata invitación, William acercó su boca. Paseó sus labios sobre los de ella para sentir su suavidad, su calidez y su locura y, cuando la impaciencia lo consumió, la agarró para acercarla aún más a él y la besó. Le introdujo la lengua en la boca con avidez y descaro y paladeó cada rincón de aquella excitante boca sin importarle que los miraran.

Lizzy, dispuesta a olvidar que era su jefe supremo, se dejó besar. Lo deseaba. Él estaba allí. Aquello era una chifladura, algo que no debería estar haciendo, pero, incapaz de negarle a su cuerpo lo que anhelaba, decidió dejarse llevar por el momento.

Cuando segundos después él se separó de ella y la sintió temblar como lo había hecho cuando estaban a solas en el despacho, murmuró:

—Ni te imaginas el intenso deseo que siento por ti, Elizabeth.

Acalorada por aquello, se levantó del sillón y, ante su mirada, se sentó a horcajadas sobre él y siseó, acercándose peligrosamente a su boca:

—Ni te imaginas el salvaje deseo que siento y por ti, Willy.

Dicho esto, y con una posesión que lo dejó sin habla, lo besó. Le introdujo su húmeda lengua en la boca y, apretándose contra él, le hizo saber cuánto le

gustaba aquella cercanía y cuánto deseo guardaba en su interior.

Lizzy se percató de lo excitado que estaba. Notaba su pene hinchado y latente bajo su cuerpo y, con descaro, murmuró:

—Relájate, Willy, a tu edad no es bueno sobreexcitarse.

Divertido por aquello, la miró y, dándole una palmada en el trasero, afirmó:

—Eres una descarada, Elizabeth Aurora. —Ambos rieron por aquello y, tras besarla, preguntó—. ¿Qué estamos haciendo?

—Besarnos —susurró enloqueciéndolo.

Un nuevo beso... dos... tres...

La pasión crecía entre ellos de una manera descontrolada y, cuando ella abandonó finalmente su boca, sin levantarse de sus piernas, lo miró. Le quitó la americana y, al intentar dejarla sobre su sillón libre, ésta cayó al suelo. Rápidamente él la recogió y la dejó sobre el asiento. Con una sonrisa, Lizzy le desató el apretado nudo de la corbata y, tras quitársela y dejarla en la mesa, le desabrochó el primer botón de la camisa y susurró:

—Creo que así estarás mejor.

Él sonrió y ella, al ver aquella ponzoñosa sonrisa al estilo Edward Cullen, lo despeinó y añadió:

—Y así, todavía mejor.

Satisfecho, le tocó el cabello y, mientras pasaba una mano por el lado rasurado, preguntó:

—¿Por qué te hiciste esta monstruosidad en la cabeza?

Boquiabierta por su comentario, respondió:

—Es tendencia, y personajes tan populares como Rihanna, Pink, Avril Lavigne... lo llevan. Me gusta y a mis colegas también, aunque tenías que haber visto la cara de mi pobre madre el día que me vio por primera vez, ¡casi le da algo!

William sonrió y, recordando algo que ella le había contado, dijo:

—Normal. Ella quería una princesita y no un X-Men.

Lizzy soltó una risotada y él, pletórico por tenerla encima, añadió:

—Creo que estarías infinitamente más bonita con toda la melena igualada.

—¡Qué aburrida! Y ya puestos, con traje y corbata como tú, mejor que mejor, ¿verdad? —se mofó divertida.

Él asintió y murmuró:

—Qué interesante.

Ambos reían por aquello cuando de pronto se oyó a su lado:

—Uoooooooooooooooooooo, Lizzy la Loca.

William y ella miraron hacia donde procedía la voz y ésta, al ver a uno de sus amigos, saludó:

—Uoooooooooooo, Cobaya, ¿qué tal?

El tal Cobaya, un *hipster* moderno con barba, vestido con camisa a cuadros y

pantalón vaquero caído, sonrió y respondió:

—He quedado con Lola y el Garbanzo en la acera de enfrente, pero he entrado a por una magdalena gigante. ¡Joder, aquí están de muerte! —Rió—. Iremos al local de ensayo. Nos han contratado para las fiestas de un pueblo de Madrid, ¿te apuntas?

—Ostras, qué bien, tío. ¿Lo sabe la peña? —preguntó Lizzy.

El Cobaya, tras dar un mordisco a su magdalena, asintió y con la boca llena dijo:

—Sí. ¡Será brutal!

Ambos rieron y Lizzy, al mirar a un descolocado William, dijo:

—Willy, te presento a Cobaya. Cobaya, él es Willy.

—William —corrigió él.

Con diplomacia, fue a tenderle la mano cuando vio al tal Cobaya con el puño cerrado y le oyó decir:

—Venga va, tío, saludarse así es de carrozas. Choca los nudillos, colega, ¡es lo que se lleva!

Boquiabierto por aquello, William cerró el puño como él y, tras chocar los nudillos, Cobaya dijo sonriendo:

—Eso está mejor, Willy.

—William —insistió.

Sin pedir permiso, el Cobaya echó hacia un lado la americana y se sentó en el sillón que Lizzy había dejado libre para hablar con ellos.

Durante varios minutos, William fue testigo de cómo hablaban de música, amigos, cine y locuras. Oírlos reír le hizo sentirse mayor, desfasado y fuera de lugar.

Lizzy, sin percatarse de nada, parecía cómoda con la situación creada, pero él no podía estar más a disgusto. No sólo los separaba una generación. Los separaban mil cosas.

El tenerla sentada sobre él en aquel local delante de la gente lo estaba poniendo cardíaco, y ella parecía no darse cuenta. De pronto, y cuando creía que iba a explotar, el recién llegado se levantó y dijo:

—Lizzy *la Loca*, Willy, os dejo. Acabo de ver al Garbanzo y a Lola. ¡Nos vemos!

—*Ciao*, Cobaya. ¡Hasta pronto, colega!

Una vez que se quedaron de nuevo a solas, confundido por lo ocurrido, la miró y preguntó:

—¿Lizzy *la Loca*? ¿Por qué te llama así?

Sonriendo, Lizzy bajó la voz.

—Es una larga historia. Sólo te diré que, cuando me enfado, ¡me vuelvo loca! Ejemplo más reciente: ¡un café con sal!

Sorprendido por aquella aclaración, y tras recordar aquel asqueroso café, fue

a hablar cuando ella añadió:

—El Cobaya, el Garbanzo y Lola tienen un grupo de música llamado Los Cansinos, y son buenísimos. Tendrías que escucharlos. ¿Quieres que vayamos al local de ensayo?

Bloqueado, la miró. ¿Él en un local de ensayo con aquéllos?

Sin demora, se quitó a la joven de encima. Aquella intromisión le acababa de aclarar que lo que estaba haciendo era una auténtica tontería. Él, ella y sus mundos nada tenían que ver, así que murmuró:

—Es mejor que me vaya.

Sorprendida por aquel cambio de actitud, la chica preguntó:

—¿Por qué? ¿Qué ocurre, Willy?

—William —gruñó mientras se cerraba el botón de la camisa—. Mi nombre es William.

Descentrada al verlo de pronto tan molesto, fue a protestar cuando él sentenció sin mirarla:

—Esto no es una locura, es un error.

Molesta por aquello, Lizzy no sonrió y afirmó:

—Tienes más razón que un santo, pero también creo que...

—Escucha, Elizabeth —la cortó—. Tú y yo nos atraemos, de eso no me cabe la menor duda. Pero soy un hombre adulto que vive en un mundo donde la gente no se agujerea las orejas, ni se rapa media cabeza por amor al arte... y he de ser juicioso y saber parar cuando he de hacerlo. Además, mañana regreso a Londres y creo que lo mejor es que lo dejemos aquí.

Ahora la descolocada era ella. ¿Y por qué la había seguido? ¿Por qué le había pedido otro beso? ¿Por qué le había dicho las cosas que le había dicho?

Sin cambiar su gesto para no hacerle ver lo mucho que le dolía que se marchara, y no sólo del Starbucks, dijo mientras guardaba su iPad en el bolso:

—Mira, colega, tienes razón. Vuelve a tu mundo encorsetado. Adiós, Willy.

Y sin añadir nada más, le entregó su corbata y se marchó, dejándolo solo en el Starbucks, plantado como una seta.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, cuando Lizzy llegó a trabajar tras una noche en la que no había pegado ojo por lo ocurrido, lo vio sentado donde estaba cada mañana y lo saludó con un gesto de cabeza, pero esta vez no le sonrió. No estaba para risitas, y menos con él.

William, que tampoco había pasado una buena noche, al ver su reacción se levantó y la saludó.

—Buenos días, Elizabeth.

—Buenos días, señor.

La voz y el saludo de la muchacha eran distantes. Eso le dolió y William murmuró:

—Lo siento. Me equivoqué.

Al oírle decir eso, Lizzy asintió y, sin ganas de confraternizar con él, dijo:

—Mire, señor, no se lo tome a mal, pero es mejor que deje las cosas como están o el café con sal que le serví el otro día se va a quedar en nada comparado con lo que le puedo dar hoy.

Dicho esto y con brío, se alejó de él y diligentemente se puso a trabajar. No quería verlo. Estaba muy enfadada. William, al ver aquello, y atado de pies y manos, se dio la vuelta y salió del restaurante. No quería montar un numerito ante todos los trabajadores.

Un buen rato después, el jefe de sala de Lizzy la llamó.

—Lleva una bandeja con una cafetera y una jarra con leche al despacho del señor Scoth.

Con la intención de quitarse aquel marrón de encima, respondió:

—Señor Gutiérrez, estoy liada con las mesas. ¿Por qué no se lo pide a otra camarera?

Su jefe, mirándola, insistió.

—El jefazo se va en una hora para el aeropuerto y quiere café. ¡Vamos, llévaselo!

Tras resoplar por la orden recibida, la chica cogió una bandeja, puso lo solicitado y fue hacia el despacho de William. Al llegar, la secretaria le guiñó un ojo y Lizzy llamó a la puerta, entró y, sin mirar hacia la mesa, dejó la bandeja en la mesita donde otro día había dejado la comida y anunció:

—Aquí tiene lo que ha pedido, señor.

Rápidamente se dio la vuelta para salir, pero una mano la sujetó del brazo y oyó decir:

—Mírame, Elizabeth.

—No.

—Hazlo. Te lo ordeno como tu jefe que soy.

Protestó. Le repateaba que le hablara así. Resopló y, cuando se volvió a

mirarlo, él expuso:

—Me equivoqué y te pido perdón.

—Perdonado. —Y, consciente de que lo estaba haciendo mal, siseó—: Ahora, qué tal si me suelta, se toma el café y se marcha para el aeropuerto. ¡Va a perder el vuelo!

Él no la liberó y, con la intención de hacerla sonreír, preguntó señalando la cafetera:

—¿He de fiarme de ese café o lleva sal?

Al oírlo, ella puso los ojos en blanco y, con chulería, cuchicheó:

—No me gusta el humor inglés.

Él maldijo. Ver su gesto de enfado le hacía patente lo molesta que estaba e insistió.

—Escúchame, por favor. Soy un hombre a quien le gusta controlar su vida las veinticuatro horas del día... y ayer me di cuenta de que tú controlabas la mía. Me sentí incómodo..., fuera de lugar mientras hablabas con ese amigo tuyo y, además, no suelo demostrar mi afecto en público y menos aún...

—Tranquilo, señor —lo cortó—. No se volverá a repetir.

Aquella rotundidad en su mirada le hizo saber que lo estaba empeorando y, bajando el tono de voz, susurró mientras la miraba a los ojos:

—Escucha, *Lizzy la Loca*. Me atraes muchísimo, pero me asustan nuestras diferencias, y no sólo de edad.

Al decir aquel apodo se la ganó. Sin duda él estaba poniendo de su parte para que se reconciliaran; sin ganas de ponérselo fácil, dijo:

—Señor, ¿no se marcha en una hora?

Angustiado al ver que ella no claudicaba en su enfado, se apoyó sobre su mesa y contestó:

—No. No me voy. Acabo de llamar a mi oficina de Londres para retrasar mi regreso dos semanas.

Lizzy se quedó sin palabras.

—Ayer me comporté como un idiota —reconoció él—, cuando lo que realmente quería era estar contigo, invitarte a cenar y hacerte el amor... si tú me lo permitías.

Lizzy no pudo hablar. Las emociones que sentía le habían sellado la boca. Sólo lo pudo mirar mientras él se quitaba la americana y la dejaba colocada sobre una silla. Después, tras desanudarse la corbata, se la quitó y se desabrochó el primer botón de la camisa que llevaba.

—Y si ahora me despeinas, podemos continuar donde lo dejamos ayer —la animó a seguir sin dejar de mirarla.

Aquellos actos y sus palabras finalmente la hicieron sonreír. No creía en los cuentos de príncipes y princesas, pero, al ver su gesto, que se acercaba más a ella y se agachaba para besarla, finalmente, gustosa, aceptó.

Apasionada por aquel beso y su dulce manera de disculparse, Lizzy se agarró a sus fuertes hombros y él la aupó en sus brazos feliz por lo que había conseguido. Ya era la segunda vez que la besaba en aquel despacho. Aquello se estaba volviendo algo cotidiano, placentero y deseado.

Durante varios minutos se besaron con locura, sin pensar que la secretaria podía entrar, hasta que se oyó un ruido fuera, y Lizzy, asustada, se separó y comentó:

—Creo que es mejor que regrese a mi trabajo.

—¿Tiene que ser ahora mismo? —preguntó mimoso mientras le mordía el cuello.

Deseosa de decirle que no, sonrió pero finalmente añadió:

—Estamos en el trabajo. Aquí, tú eres el jefe y yo, la empleada. ¿Lo recuerdas, no?

Jorobado por aquello, la bajó al suelo pero, antes de soltarla, preguntó:

—¿Aceptarías que te invitara a cenar esta noche? —Ella lo miró y él, poniendo ojos tiernos, murmuró—: Por favor, dime que sí.

Cautivada por aquellos modales tan selectos y diferentes a los de sus conquistas o amigos, ella asintió y él rápidamente agregó:

—Sé dónde vives. Pasaré a buscarte por tu casa a las siete, ¿te parece bien?

Como una autómatas, asintió y susurró:

—Yo no ceno a las siete de la tarde. A esa hora cenáis los guiris.

Divertido por aquella matización, sonrió y afirmó:

—Propongo esa hora para estar más tiempo contigo. Pero, tranquila, cenaremos a la hora que tú quieras.

Lizzy sonrió y volvió a preguntar:

—¿He de ponerme muy elegante?

William lo pensó y finalmente respondió:

—Te voy a llevar a un precioso restaurante de un amigo. Ponte muy guapa.

—Botas militares, ni hablar, ¿verdad? —se mofó.

Mientras paseaba su mano por el rostro de ella, afirmó:

—Ni hablar.

Atontada por lo que aquel culto hombre le hacía sentir y tras darle un último beso que le supo a gloria, cuando salió del despacho sonreía con una sonrisa que no lucía cuando entró.

El resto del día trabajó como si estuviera en una nube y, cuando se cruzó con él en la recepción del hotel, miró hacia otro lado para que sus miradas nos los delatasen.

« Pa matarme », pensó.

Aquella tarde, cuando William fue a buscarla a la puerta de su casa, bajó

corriendo. No quería que sus padres fueran alertados por los cotillas de los vecinos, y más cuando vio que éste había acudido con chófer a buscarla.

Al salir del portal, lo miró y sonrió. Como siempre, llevaba un encorsetado traje, pero estaba muy guapo. William, caballeroso, la esperaba fuera del vehículo y, al verla acercarse, la contempló con intensidad y murmuró mientras le abría la puerta del vehículo:

—Elizabeth, estás preciosa... y sin botas militares.

Llevaba un vestido azulón, el cabello suelto y unos tacones de infarto; ella se burló:

—Gracias, Willy, tú también estás muy guapo... y con traje.

Entre risas, besos, arrumacos y bromas, durante más de hora y media el coche les dio un paseo por las calles de Madrid hasta que ella habló de cenar. Una vez que lo mencionó, William le dio la dirección al conductor y éste los llevó a un fantástico restaurante donde todo era lujo, clase y minimalismo. Y aunque en un principio se sintió incómoda rodeada de aquella gente tan *fisna*, como decía su madre, poco a poco, gracias a él y a sus atenciones, se relajó y lo disfrutó.

—¿Te ha gustado el postre?

Lizzy miró su plato vacío y, como no quería ser descortés, respondió:

—Sí.

Aquella afirmación tan rápida a William le hizo sospechar y, escrutándola, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada.

William dejó la cuchara sobre el plato y, recostándose en la silla, insistió.

—No voy a dirigirte la palabra hasta que me digas qué ocurre.

La joven puso los ojos en blanco y, tras percatarse de que nadie la escuchaba, murmuró:

—Vale... vale... te lo diré. Todo está buenísimo, pero yo necesitaría tres raciones de cada cosa para quedarme con el estómago en condiciones.

Aquella apreciación sobre la comida a William le hizo sonreír y ella, señalando su plato de postre vacío, murmuró:

—El plato es enorme y de diseño, pero la comida, escasa. Y yo soy de las que, cuando tengo hambre y salgo de cena con los colegas, me meto en el cuerpo dos hamburguesas con queso, aros de cebolla, patatas fritas y *nuggets*.

Boquiabierto, la miró y preguntó:

—¿Eso quiere decir que te has quedado con hambre? —Lizzy asintió—. ¿Y qué comerías ahora? —añadió divertido.

Avergonzada por su aplastante sinceridad, resopló.

—Pues, aunque me consideres una tragona, te diría que una hamburguesa, un pincho de tortilla, unas empanadillas... No sé. Algo con consistencia. A mí, tanta espumita y cosas así, no me llenan.

Sin demora, William pidió la cuenta y, una vez que los dos estuvieron fuera del bonito restaurante, dijo:

—Vayamos a saciar tu apetito. ¿Dónde quieres ir?

Encantada por ello, la joven lo cogió de la mano y entraron en un bar que había dos calles más abajo. Allí, entre risas, Lizzy pidió una ración de calamares y una de patatas bravas y, cuando acabó, murmuró:

—Esto es comer y lo demás son tonterías.

Contento, William asintió. No le cabía la menor duda de que la chica tenía buen apetito.

Al salir del bar, Lizzy propuso ir a tomar algo y, cuando él aceptó, lo llevó a beber unas copas a un local de moda de Madrid. Si lo hubiese dejado elegir a él, habrían ido a un sitio almibarado donde sólo se tomaban cócteles escasos y de diseño.

Una vez que entraron en el local y la luz azulada los envolvió, Lizzy hizo lo que llevaba toda la noche deseando. Se tiró a su cuello y lo besó con pasión.

William, dejándose llevar por la fogosidad de ella, en un principio aceptó sus besos con gusto, nada le chiflaba más que sentirla tan cercana, pero, cuando su mano subió peligrosamente hacia su entrepierna, decidió parar aquello. Él no era así.

—Aquí no, Elizabeth —murmuró nervioso.

Sin sorprenderse mucho por aquella reacción, la chica sonrió y, apoyándose en la barra, preguntó:

—¿Has mirado a tu alrededor?

Él lo hizo. Pero, cuando vio a varias parejas desfogadas besándose y tocándose, insistió:

—Yo no soy así. Lo siento, pero soy incapaz de demostrar mi afecto en público.

—¿Por qué?

Incómodo con la mirada de ella, respondió:

—Hay ciertas cosas que, repito, deben hacerse en la intimidad.

Juguetona por aquello, sonrió. En cierto modo estaba de acuerdo con él, pero susurró haciéndolo sonreír:

—Menudo trabajito que voy a tener contigo para que te sueltes la melena.

Divertido por su comentario, fue a decir algo cuando ella pidió dos copas y después comenzó a bailar una canción. Le encantaba bailar, aunque los zapatos de tacón la estuvieran matando. Así estuvo un rato hasta que, al sentir la mirada de él, preguntó:

—¿No te gusta Lenny Kravitz?

El nombre de aquel artista le sonaba y preguntó:

—¿Este es Lenny Kravitz?

Ella asintió y, mientras bailaba, afirmó:

—*The Chamber*^[3] es de su último disco. ¡Buenísimo! Vamos, Willy, baila un poquito.

Como si mirase una nave especial, él negó con la cabeza y sentenció:

—No. Yo no bailo.

Lizzy soltó una risotada y, acercándose a él, murmuró alborotándole el pelo:

—No bailas. No besas en público. Tu mundo está lleno de ¡noes! Vamos, Willy, desmelenate un poco, que la vida son dos días.

Arreglándose el descolocado cabello, él cogió su bebida y sonrió. Sin duda lo suyo no era desmelenarse.

Aquella noche, tras varias copas, risas y confianzas, Lizzy sólo consiguió que la acompañara hasta su casa y la besara en la oscuridad de su portal. Allí no los veía nadie.

A William, excitado por la noche que ella le había hecho pasar, por un instante se le pasó por la cabeza proponerle ir a su casa. La deseaba. Pero finalmente se contuvo. Debía respetarla.

Consciente de lo que ambos deseaban, Lizzy sonrió. Sin duda Willy era diferente, un caballero, y una vez más, al no proponerle sexo esa noche, se lo demostró.

Así estuvieron durante dos días.

En el hotel, eran prácticamente dos desconocidos que sólo se permitían besarse a escondidas cuando ella llevaba algo a su despacho, pero por las noches, cuando se encontraban a solas, se besaban con auténtica pasión, aunque nunca llegaban a más.

Durante la tercera jornada, a la hora del almuerzo, Lizzy regresaba de llevar una bandeja de comida a una habitación y cuando salía del ascensor, vio a William apoyado en recepción hablando con una mujer.

El glamur de aquella fémica era impresionante. Alta, guapa, elegante en el vestir. ¡Perfecta! Sin duda aquellos dos pegaban no sólo por edad, sino por el estilo a la hora de vestir. Curiosa, Lizzy se fijó en ella y, cuando instantes después se asomó a la recepción, donde estaba Triana, ésta la informó de que se trataba de Adriana, la hija de uno de los consejeros del hotel.

Desde su posición, Lizzy vio a William sonreír y, en el momento en que aquélla le colocó la corbata y le pasó un dedo por la mejilla con cierta sensualidad, estuvo a punto de gritar de frustración. Cuando instantes después aparecieron el padre de ella y el de él y los cuatro salieron del establecimiento para montarse en un coche y marcharse, la rabia la inundó.

Triana, que conocía lo que existía entre ambos, fue a decir algo, pero Lizzy, ofuscada, la miró y siseó:

—Mejor no digas nada. Por favor.

Esa noche, a diferencia de otras, él no la llamó y su malestar se acrecentó. Pero ¿qué le estaba pasando? Ella nunca había sido tan territorial con ningún chico con el que había tenido algún lío pasajero.

Apenas pudo dormir esa noche y a las seis de la mañana llamó al hotel para informar de que no podía ir a trabajar. No se encontraba bien.

Acostada en su cama, pensó en lo que estaba haciendo. Se había liado con el dueño del hotel aun a sabiendas de que aquello no la iba a llevar a ningún sitio, excepto al inminente despido en cualquier momento.

¿Por qué estaba jugando con su trabajo?

Los hombres adinerados y poderosos como William siempre acababan con mujeres como Adriana, nunca con alguna como ella. Peor se puso cuando, encima, supo que aquella vivía en Londres como él, y que estaba en Madrid de paso. Ambos estaban provisionalmente.

¿Sería casualidad?

Sobre las once de la mañana, el móvil de Lizzy comenzó a sonar.

Al mirar la pantalla, vio que se trataba del número de él y no lo cogió. Su mente y sus negativos pensamientos la habían envenenado y no quería hablar con William o sacaría el demonio oculto en su interior que luchaba por manifestarse.

William, al no verla aquella mañana, se preocupó. La noche anterior, por temas de negocios, no había podido ver a Lizzy y estaba desesperado por encontrarse con ella. Y cuando supo que estaba enferma, un extraño presentimiento lo preocupó. Intentó hablar con ella varias veces durante todo el día, pero todo fue imposible y eso lo desesperó.

A la una de la tarde, cuando aún estaba en la cama escuchando música, la madre de Lizzy abrió la puerta de su habitación con una increíble sonrisa y dijo:

—Hija de mi vida. Ay, Aurorita, ¡mira lo que has recibido!

Incrédula, contempló aquella bonita caja blanca alargada y vio unas preciosas rosas rojas de tallo largo; de inmediato supo de quién eran. No conocía a nadie tan caballeroso ni adinerado como para enviar aquello.

—Son flores como las que se regalan a las princesas —dijo su madre mientras se la acercaba—. Oh, fíjate: ¡hay una notita!

Sonrió con disimulo y, cogiendo el papel que aquella sacó del sobrecito, lo desplegó y leyó para sí misma.

Espero que te mejores, preciosa Elizabeth.

W.

—¿Qué pone? ¿De quién es? —quiso saber su madre.

Sin poder explicarle que eran de su jefazo, pues en ese caso su madre le haría cientos de preguntas y al final se escandalizaría, respondió:

—De un amigo.

Encantada, la madre aspiró el maravilloso perfume que soltaban aquellas rosas y murmuró:

—¡Qué galante, tu amigo! Y qué detalle más bonito. Voy a ponerlas en un jarrón con agua y una aspirina para que duren más. Estas rosas son de las caras; carísimas, cariño. Verás cuando se las enseñe a Gloria, ¡se va a caer para atrás!

Lizzy asintió. Sin duda, cuando su madre le mostrara las flores a la vecina, sería digno de oírlas cuchichear; nada les gustaba más que un buen cotilleo. Frustrada por todo, cuando ésta salió de la habitación, se tapó la cara con la almohada mientras susurraba bajito para que nadie la oyera:

—Joder... joder... joder... ¿Qué estoy haciendo?

Al día siguiente, cuando llegó al hotel intentó huir de él, pero al final pasó lo inevitable: se encontró con un William con cara de pocos amigos. Una vez que sus miradas se cruzaron, con paso firme se encaminó al cuarto de personal para cambiarse de ropa, pero, antes de poder entrar, una mano la sujetó.

Sin mirarlo supo que era él y, tras meterse con ella en el cuartito, cerró la puerta y preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—¿Estás loco? ¿Alguien puede entrar? —Soltó alarmada.

—¿Te encuentras bien? —repitió sin cambiar su gesto.

—Sí. Y haz el favor de salir de aquí antes de que...

—Estaba preocupado. Te llamé mil veces y no me lo cogiste —la cortó mientras le tocaba el óvalo de la cara—. Pregunté por ti a tu amiga Triana y me comentó que estabas enferma y...

—Oh, qué honor... ¡Gracias por preguntar por mí!

Sin entender a qué se debía aquella mala contestación, frunció el ceño e insistió:

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Su tono de voz cambió, y Lizzy, dispuesta a aclarar sus dudas, preguntó de sopetón:

—¿Qué hay entre Adriana y tú?

Incrédulo por la pregunta, sin quitarle el ojo de encima musitó:

—A qué viene eso...

—Os va salir anteaer con vuestros respectivos padres —aclaró separándose de él—. Vi cómo os mirabais y cómo ella te colocaba la corbata. ¿Qué hay entre vosotros?

William dio un paso hacia atrás, incómodo.

—Nada.

—Pero lo hubo, ¿verdad?

Durante aquel largo y tortuoso día, Lizzy trató de no mirarlo todas las veces que se cruzaron por el hotel. Pero, cada vez que sucumbía, se encontraba con la

misma respuesta: su indiferencia. William estaba molesto y se lo hacía ver con aquel rictus serio en el rostro. Y al ver aparecer de nuevo a Adriana por la recepción del hotel, Lizzy se quiso morir... y más cuando observó cómo salían del establecimiento cogidos del brazo y comprobó que William ni siquiera la miraba.

« ¡Malditos celos! », pensó al entrar en el restaurante, donde comenzó a servir a los comensales.

Durante un descanso, Triana intentó que se calmara. Pero Lizzy era una cabezota incapaz de dar su brazo a torcer.

—Pero, vamos a ver —increpó Triana—. ¿Dónde está el problema? ¿Es su ex? ¿Acaso tú no tienes ex?

Molesta por aquello, respondió:

—Claro que los tengo y precisamente como son ¡ex! no les permito que se tomen ciertas licencias, no sea que piensen cosas que no son. —Y quitándose el flequillo de los ojos, siseó—: Que no, Triana, que no. Que la estoy cagando. Él es quien es. Y yo soy quien soy. ¿Por qué liar más las cosas?

—Pero ¿no ves cómo te busca? Quizá sea tu príncipe azul.

Mientras se abrochaba el chaleco negro para comenzar de nuevo a trabajar, Lizzy miró a su amiga y cuchicheó:

—Mira, románticona, como diría una que yo sé, los príncipes azules también destiñen. Y no, no me hables de príncipes cuando sabes que el mundo está lleno de ranas, sapos y culebras.

Divertida por aquella comparación, Triana murmuró:

—Bueno, mujer, tampoco hay que ver las cosas tan negras. Te mandó rosas a tu casa para desearte que te repusieras. ¿No crees que es una monada?

Sin duda lo era. William era más que una monada, pero protestó, no dispuesta a bajarse del burro.

—No pegamos ni con cola. Es demasiado mayor para mí. Es demasiado recto, pulcro y severo para estar con una chica como yo.

—Pues yo lo veo ¡monísimo e interesante!

Desesperada, Lizzy miró a su amiga e insistió:

—Pero ¿tú has visto sus pintas y las mías? Él... tan trajeado, tan engominado, tan tieso por el mundo y yo... yo... que no, Triana, que no. Que lo nuestro es un gran error, que estoy viendo que al final me va a costar mi trabajo por idiota y por no pensar las cosas antes de hacerlas. —Y bajando la voz, susurró—: Joder, ¡que me he liado con el dueño del hotel! ¡Con el *supermegajefazo* de los jefazos!

Triana asintió. Sin duda tenía más razón que un santo, pero, viéndole, como siempre, el lado romántico al asunto, afirmó:

—Los polos opuestos se atraen y... no he conocido en mi vida unos polos más opuestos que vosotros, ¡pero es todo tan novelesco!

Lizzy, al oírla, finalmente soltó una carcajada. Triana no tenía remedio.

Asiendo el brazo de su amiga, indicó:

—Anda, romántica empedernida. Comencemos a trabajar antes de que digas más tonterías.

Esa tarde, cuando por fin terminó su turno y salió del hotel sin mirar atrás, se encaminó hacia *Paco*, su coche. No había visto a William el resto del día y su humor se agrió más al imaginarlo con la idiota de Adriana.

Casi había llegado a su vehículo cuando sonó su teléfono. Al mirarlo vio que se trataba de William. ¿Debía contestar o no? Se moría por hablar con él, pero... pero... Al final, tras mucho dudarlo y con el teléfono sin parar de sonar, se apoyó en su coche y contestó.

—Dime.

—¿Sigues enfadada?

¿Enfadada? Pero ¿él no estaba también cabreado?

Después de un tenso silencio, dejó el bolso sobre el capó para poder moverse con facilidad y respondió intentando medir sus palabras.

—Si mal no recuerdo, tú también estabas muy molesto. —Y, sin poder remediarlo, añadió gesticulando—: Aunque, cuando te has ido con tu amiguita, parecías muy contento.

Él, que la observaba desde el gran ventanal de su despacho, al ver cómo se movía y gesticulaba sonrió y respondió:

—Te aseguro que hubiera estado más contento si hubiera estado contigo.

Saber que había estado con ella le repateó, así que murmuró:

—Mira, Willy...

—William.

—No estoy enfadada, pero lo puedo estar en un pispás. ¿Qué quieres?

Apoyado en el ventanal como un adolescente, propuso:

—¿Cenas conmigo esta noche y lo aclaramos todo?

A pesar de que era lo que más le apetecía, negó con la cabeza. No. No iría. Ella tenía planes y planes muy importantes y, además, él no podía llamar y ella perder el culo, por lo que respondió:

—Lo siento, pero no. Sabes que he quedado con mis amigos.

—Llámalos y diles que no puedes ir.

Con gesto pícaro, torció el cuello y negó.

—Pues va a ser que no.

Molesto de nuevo por aquella negativa, William dio un manotazo a la pared e insistió:

—Tengo ganas de estar contigo, de besarte y aclarar lo ocurrido.

Un suspiro escapó de los labios de Lizzy. Aquella caballerosidad y romanticismo al hablar tan poco habitual en sus ligues podía con ella y, tras retirarse el flequillo de la cara, respondió consciente de que no debía dejarse convencer:

—Por nada del mundo me perdería el concierto de la Oreja de Van Gogh. Mis amigos y yo ganamos esas entradas en un concurso de radio hace unos meses y sólo unos pocos privilegiados vamos a disfrutarlo. Por lo tanto, ¡no! No voy a quedar contigo.

Enfadado por no poder exigirle nada a aquella joven, ni tampoco convencerla, se retiró de la ventana y, claudicando, añadió antes de colgar:

—De acuerdo, Elizabeth. Pásalo bien.

Dicho esto, colgó dejando a Lizzy boquiabierta con el teléfono en la oreja.

—¡Será idiota! —siseó.

Una vez hubo cerrado el móvil, y tras maldecir y acordarse de todos los antepasados del *supermegajefazo*, sacó las llaves de su coche, lo abrió, se metió en él y, dando un acelerón, se marchó. Era lo mejor.

William, que como ella estaba ofuscado, al ver desaparecer el vehículo llamó a su secretaria.

—Localízame dónde toca esta noche un grupo musical llamado la Oreja de Van Gogh y consígueme una entrada como sea —le pidió cuando se presentó en el despacho.

Capítulo 5

Aquella noche, tras una tarde plagada de indecisiones por su última conversación con William, Lizzy llegó al local con su amiga Lola, saludó con gusto a sus colegas y durante un buen rato conversó con ellos junto a la barra.

El día había llegado. Allí estaban dispuestos a pasarlo bien y Lizzy, tras dos cervezas, por fin se convenció a sí misma de que tenía que estar allí con sus amigos y no en otro lugar. Lo de William y ella no era real, mientras que sus camaradas sí lo eran.

Mientras hablaba con el Congrio, un tipo con dilataciones en las orejas y más tatuajes que poros en la piel, alguien la besó en el cuello y oyó:

—Uooooaaaa, Lizzy *la Loca*.

Al volverse para mirar, vio a su amigo Pedro *el Chato* y sonrió.

—Uooooaaaa, Chato.

Pedro y ella eran amigos desde el jardín de infancia. Ambos vivían en el mismo barrio y se llevaban maravillosamente bien. Por un tiempo, Lizzy se olvidó de todo y se centró en hablar con él, quien le comentó que había roto con su novia. Al parecer, tras dos años de relación, Isabel se había colado por un rapero de Vallecas y había pasado de él.

Durante un buen rato, Lizzy estuvo escuchando al Chato y, por suerte, comprobó que llevaba la ruptura de fábula; como éste la vio tan atenta y callada, intuyó que algo le ocurría y entonces fue ella quien le contó lo que le estaba sucediendo con cierto madurito.

Pedro escuchó boquiabierto lo que le explicaba. ¿Se había liado con su jefe?

—Pero ¿te has vuelto loca?

Ella asintió y afirmó dando un trago a su bebida.

—Loquísima.

—¡Que es tu jefe!

—Lo sé... lo sé, pero...

—¿Te has acostado ya con él?

—No. Por raro que parezca, no me lo ha pedido. Es un caballero.

Sorprendido por aquello, soltó una risotada y Lizzy, al entenderlo, aclaró:

—Y no. No es gay. No se te ocurra ni pensarlo.

—¿Seguro? Mira que soy un tío y cuando...

—No es gay y lo sé ¡seguro! Es sólo que Willy es diferente. Es un hombre. Un *gentleman*, como mi padre, y las cosas las hace de otra manera. Y quizá, que no me meta mano con desesperación como si el mundo se acabara o mi pecho fuera el último del universo, es lo que me atrae. Es tan diferente a mí: tiene clase, elegancia, saber estar y... aunque suene a locura, ¡me gusta!

Pedro, tras dar un trago a su bebida, contestó:

—Hombre, si tú lo dices...

—Y tiene un morboooooooooo y un trasero al que estoy deseosa de meterle mano... y ¡ufff, me tiene majareta perdida!

Su amigo sonrió. Nunca, en todos los años que conocía a Lizzy, la había oído hablar así de ningún chico. Sin duda, aquel hombre caballeroso y diferente le gustaba... y más de lo que ella quería admitir.

—A ver, loca. Todo lo que dices está muy bien, pero es tu jefazo. ¿Lo has pensado?

La chica se tapó los ojos. Cada vez que oía la palabra «jefazo», se le encogía el corazón, así que respondió:

—Lo he pensado y repensado, y estoy segura de que, una vez que nos acostemos, se olvidará de mí, porque...

—Eso no se sabe, tonta.

Lizzy suspiró y afirmó:

—Lo intuyo, Chato. En cuanto se acueste conmigo, su objetivo estará cumplido y ese caballero de brillante armadura pasará de mí totalmente. Esto es sólo algo sexual.

—¿Y tú pasarás de él?

—Por supuesto —se mofó—. Ya sabes que yo no creo en los cuentos de princesas, aunque mi madre me pusiera Aurora.

Su amigo sonrió, paseó con cariño su mano por el rostro de ella y, justo cuando iba a contestar, los componentes del grupo al que adoraban salieron al escenario y, emocionados al verlos, dejaron de hablar y regresaron junto a sus amigos para aplaudirlos.

Una hora después y tras varios temas, Lizzy cantaba feliz mientras bailaba y se divertía con sus amigos. Aquel grupo era buenísimo, ¡el mejor! No se arrepentía de haberse olvidado de todo para estar allí. No podía habérselo perdido.

William, que había llegado hacía un buen rato al local, observaba a Lizzy desde la distancia y la oscuridad. Estaba preciosa con su corto vestido vaquero y sus botas militares. Verla sonreír y bailar le llenaba el alma. Esa muchacha descarada de modales algo rudos le gustaba, lo atraía y lo hechizaba. Sin duda sería un error ir tras ella.

Con seguridad no querría nada con él. Él no era un divertido muchacho con el que bailar ni cantar, era más bien todo lo opuesto. Su posición social y su edad le pedían cosas diferentes a las que esa muchacha demandaba, y no podía dejar de pensarlo.

Pero, cada vez que ella prodigaba muestras de cariño al tipo que estaba a su lado, se encelaba como un crío y se sentía fatal. ¿Quién era ése?

De pronto comenzó un nuevo tema y, al ver que todo el mundo empezaba a saltar, Lizzy la primera, William sonrió... y aún más al descubrir que se trataba de *Puedes contar conmigo*^[4].

Divertido, vio cómo Lizzy cerraba los ojos al entonar la canción mientras daba botes y, sin dudarlo, supo que en ese instante lo estaba recordando a él, mientras el grupo del escenario y todo el público cantaban.

Aquella letra.

Aquella canción.

Aquella locuela que canturreaba y brincaba.

Todo ello, a William, un hombre que nada tenía que ver con los jóvenes que saltaban y bailaban desinhibidos, le hizo enamorarse más y más de aquella muchacha e intuyó que su locura no sólo se trataba de sexo. Sin duda ella le provocaba algo más, y ese algo le aceleraba como nunca el corazón.

Jamás había creído en los flechazos, pero, por primera vez en su vida, su corazón, su cuerpo, su cabeza, le hicieron entender que aquello había sido un flechazo y que Cupido le había dado de lleno con sus flechas de amor.

Como pudo, sin acercarse a ella, la observó durante todo el concierto. No quería interrumpirla. No quería molestarla. Sólo quería que lo pasara bien. Cuando el espectáculo terminó, sin dudarlo, fue hasta ella sorteando a la gente y, cuando la tuvo delante, la agarró por la cintura y, acercándola a él, le susurró al oído:

—Un café con sal. ¿A qué me recuerda eso?

Sorprendida por aquello, lo miró y parpadeó. Pero antes de que ella pudiera decir algo, él le soltó la cintura para agarrarle la mano:

—¡Vamos! Ven conmigo.

Boquiabierta, embobada y aturdida, como pudo se espabiló y de un tirón recuperó su mano mientras preguntaba:

—¿Qué haces tú aquí?

William, tan trajeado, llamaba la atención; ofuscado, siseó:

—He venido a por ti, ¡vamos!

Pedro, sorprendido al ver a aquel hombre, miró a su amiga e, intuyendo que era el tipo maduro del que le había hablado, dijo sonriendo:

—Adiós, loca, ¡pásalo bien!

Como una autómatas y sin saber si aquello era lo que quería o no, lo siguió hacia la salida y una vez fuera del local ella se paró y le preguntó:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

William, arrebatado por el deseo que sentía por ella, de un tirón la acercó hasta él y a escasos milímetros de su boca la interrogó:

—¿Quién era el tipo con el que estabas tan cariñosa?

Boquiabierta por aquella cuestión, pensó en Pedro y, sin sonreír, respondió:

—Un amigo.

—¿Tus amigos te besan en el cuello?

Aquella pregunta le hizo gracia y contestó:

—Si fuera un ex, te aseguro que no me lo habría besado.

Durante varios segundos, ambos se miraron a los ojos y, cautivado totalmente por ella, él murmuró sorprendiéndola:

—Llevo toda la noche mirándote como un idiota y hasta tus botas militares me parecen ya encantadoras. Y, ahora que te tengo a mi lado, sólo puedo decirte que te deseo, Elizabeth, te deseo salvajemente con toda mi alma y con todo mi ser, y necesito preguntarte si tú sientes ese deseo salvaje por mí.

Lo sentía. Claro que sí, y más tras aquellas palabras; sin poder negarlo, asintió hechizada y William sonrió. Aquella sonrisa tan sensual, tan segura y cargada de morbo le puso el vello de punta a Lizzy, y él, tras darle un rápido beso en los labios, propuso:

—Vamos. Acompañame.

Sin soltarse de su mano, caminó por la calle hasta que William paró un taxi. Una vez dentro, él dio una dirección y, cuando llegaron a la calle Serrano y el taxi paró, dijo:

—Tengo un ático aquí. ¿Quieres que subamos?

Consciente de lo que significaba aquella invitación y deseosa de él, la joven asintió sin dudarle. William pagó la carrera y de la mano entraron en el lujoso portal. Era impresionante.

En el ascensor, William no la besó como ella esperaba. Se limitó a mirarla con intensidad y, cuando aquél se detuvo y se abrió, la invitó a salir.

En el rellano ambos se miraron y William, tras abrir la puerta con la llave, dijo incitándola a entrar:

—Adelante. Estás en tu casa.

Con inseguridad, ella entró. Tanto lujo la apabullaba. Una vez dentro, William cerró la puerta del apartamento y encendió las luces. Al iluminarse la estancia, Lizzy suspiró. La entrada de aquella casa era enorme.

—Ven conmigo —pidió él cogiéndole la mano de nuevo. La condujo hasta un amplio salón de suelos de madera oscura. Una vez allí la soltó y se dirigió hacia un mueble bar—. ¿Qué quieres beber?

—Lo mismo que tú —respondió con la boca seca.

William sonrió. Se preparó un whisky para él y a ella le sirvió una Coca-Cola. Sin duda Lizzy agradecería más aquella bebida. Mientras ella miraba con curiosidad todo a su alrededor, él la observaba con disimulo.

Aquel lugar era impresionante y, aunque la decoración no resultaba totalmente de su agrado, no le cupo duda de que aquellos muebles eran antigüedades.

Se acercó hasta ella y le entregó el vaso con el oscuro líquido chispeante.

—¿Estás asustada? —preguntó mirándola con profundidad a los ojos al verla tan callada. Ella negó con la cabeza, asombrada por la pregunta—. Te hubiera hecho el amor el día en que te vi en el Starbucks. Te hubiera hecho el amor en mi despacho. Te hubiera hecho el amor sobre una de las mesas del restaurante. Te

hubiera hecho el amor en el ascensor. Te...

Ella no lo dejó continuar. Le puso un dedo en los labios y murmuró:

—No hables más y házmelo.

Encantado con aquella invitación, William la acercó a su cuerpo y la besó con tal ardor, exaltación y fogosidad que esta vez Lizzy sí que se asustó y dejó el vaso que tenía en la mano sobre una mesita.

William, consumido por la excitación, tomó con mimo y delirio aquellos deseados labios, esa boca que lo llevaba volviendo loco durante demasiadas noches y lo disfrutó. La devoró con ansia, con ambición, con propiedad, mientras sentía cómo ella le quitaba la americana y, cuando ésta cayó al suelo, ella murmuró:

—Ni se te ocurra agacharte a recogerla.

Oírle decir aquello le hizo sonreír y, apretando sus manos en aquel duro y redondo trasero, musitó:

—Sólo me interesa darte placer, Lizzy *la Loca*.

Encantada por aquella respuesta, sonrió y, tras desabrocharse los botones del vestido vaquero que llevaba, lo dejó caer ante él, quedando vestida sólo con las bragas, el sujetador y las botas militares. Instantes después, el sujetador también cayó.

—Eres preciosa.

Ella sonrió y con delicadeza le quitó la corbata, se la ató a su cintura y cuchicheó:

—Quizá la use para atarte mientras te hago el amor.

Enloquecido por lo que proponía, William suspiró y Lizzy sintió que se derretía.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó sin dejar de mirarlo mientras se desabrochaba el sujetador y lo dejaba caer.

La recorrió con una mirada morbosa y plagada de lujuria, y afirmó mirando sus erectos pezones:

—Mucho.

Acalorado por el descaro que aquella joven de veinticuatro años le mostraba en todo lo referente al sexo, sonrió y, dejándose de remilgos, la miró desde su altura y murmuró mientras agarraba la corbata que ella tenía atada en la cintura:

—Ven aquí.

Se acercó mimosa y, cuando William la cogió del trasero y se lo apretó, ella hiperventiló al oírle decir mientras le chupaba el lóbulo de la oreja:

—Tienes veinticuatro años y yo treinta y seis, pero el influjo que ejerces sobre mí es increíble. Tú, con tu corta edad, has derribado mis defensas para volverme loco como nunca antes una mujer lo había conseguido. —Ella sonrió y, excitado, murmuró—: Llegados a este momento en el que ambos deseamos continuar, he de decirte que en temas de sexo soy muy impulsivo, ardiente y

apasionado, y no el hombre reservado que conoces. ¿Entiendes lo que digo?

Excitada por sus palabras y por lo que a través de ellas podía intuir, lo miró y, sin querer entender a qué se refería, negó con la cabeza; él añadió:

—Hablo de que me gusta disfrutar al máximo del sexo. Hablo de que no habrá barreras para que tú y yo alcancemos el máximo disfrute. Hablo de que te haré gozar de mil y una maneras, pero a cambio espero que tú también me hagas disfrutar a mí.

Casi sin respiración, asintió y se percató de que por primera vez en su vida iba a estar con un hombre. William, con gesto serio y morbosos, la miró. Le cogió la mano y, metiéndola junto a la de él en el interior de sus bragas, murmuró lentamente mientras la tocaba y la incitaba a tocarse:

—Soy exigente y muy posesivo con lo que deseo.

Una vez dicho esto, hizo que ella misma se introdujera un dedo en su húmeda cavidad. La incitó a masturbarse ante él y, cuando el rostro de Lizzy estuvo rojo de pudor, le pidió que se sacara el dedo y, mirándola a los ojos, lo chupó y, una vez se hubo relamido, siseó:

—Me moría de deseo por saborearte.

Hechizada y encendida por aquel acto y por el poder que de pronto él parecía tener sobre ella sin apenas moverse, notó cómo él, aún vestido, le bajaba las bragas. Una vez se las hubo quitado, la miró a los ojos mientras su mano paseaba ahora por su húmeda vagina con total tranquilidad.

—En mi vida diaria puedo ser un anodino y aburrido hombre de negocios que pasa desapercibido —murmuró con voz ronca—. Pero en el sexo, el disfrute y el placer, te aseguro que soy todo lo contrario. Pero no temas, Lizzy *la Loca*, nunca haré nada que tú previamente no me hayas autorizado. No me excita el dolor. Me excita la complacencia, el morbo y el deleite. ¿Tú deseas eso también?

Agitada por lo que escuchaba y por lo que le hacía sentir, Lizzy abrió la boca y se la ofreció junto al resto de su cuerpo. William, sin dudarlo, aceptó aquel ofrecimiento tan lleno de deseo.

En el silencio de la casa, la besó con gusto mientras las impacientes manos de ella le desabotonaban la camisa; ésta cayó al suelo y, posteriormente, le desabrochó y quitó los pantalones y los calzoncillos.

Cuando quedó desnudo ante ella, William, con una cautivadora sonrisa, la miró y le preguntó tal como había hecho ella anteriormente:

—¿Te gusta lo que ves?

Aquella chulería, tan poco propia de él, la hizo sonreír, y más cuando le oyó decir mientras ella le agarraba el pene con seguridad para tocárselo:

—Te haré gritar mi nombre de placer, Elizabeth.

Con la boca seca por el deseo, cuando tocó aquel enorme miembro, erecto y listo para ella, jadeó y supo que gritaría su nombre a los cuatro vientos.

Como un lobo hambriento, William se dejó de remilgos y, agarrando a Lizzy,

la acercó a su cuerpo. Su fuerte miembro chocó contra ella y, tras besarla, la cogió entre sus brazos y se la llevó hasta una oscura habitación.

Al entrar, sin encender la luz, la dejó sobre una enorme cama y murmuró sobre su boca:

—Ahora, sin quitarte esas botas militares que tanto adoras y que tanto me excitan en estos momentos, quiero que abras las piernas y te masturbes para mí, mientras me coloco un preservativo... ¿lo harás, Elizabeth?

Exaltada, asintió y, bajo su atenta mirada, se abrió de piernas y ella misma se introdujo un dedo lentamente para que él lo observara.

Acto seguido, él encendió la luz de la lamparita de la mesilla, abrió un cajón y sacó una caja de preservativos.

Sin quitarle los ojos de encima, regresó frente a ella y, tras coger un condón, tiró la caja sobre la cama y, mirándola, se lo puso mientras exigía:

—Nuestra música serán tus jadeos y posteriormente los de ambos. Eso es... No cierres las piernas... Así... quiero ver tu sensualidad... Sí... tócate... tócate para mí.

Excitada por sus palabras, su mirada, el momento, el deseo, la locura y el frenesí, prosiguió masturbándose para él... A continuación él se agachó ante el manjar que ella le ofrecía sin reparos, le sacó el dedo del interior de la vagina y de nuevo se lo chupó.

Lizzy fue a moverse para mirarlo, pero él dijo:

—No te muevas y no cierres las piernas. Abiertas... eso es... Bien abiertas para mí.

Con la respiración a mil, obedeció.

William y su exigente manera de hablarle en aquel momento la estaban volviendo loca. Aquello nada tenía que ver con sus anteriores experiencias. Aquello era morbo en estado puro.

—Eres deliciosa, Elizabeth... deliciosa —murmuró él gustoso mientras le retorció los pezones y posaba la boca sobre su ombligo.

Cuando sintió cómo la tocaba para estimularla y con su caliente boca la besaba hasta bajar a su monte de Venus, Lizzy jadeó.

—Ábrete con los dedos para mí y levanta las caderas hacia mi boca —le pidió William.

Locura. ¡Aquello era pura locura!

Ella obedeció y se expuso totalmente a él. Como un maestro, William la chupó y la succionó. Cuando se centró en el clítoris, extasiada le agarró la cabeza y lo apretó contra ella, perdiendo la poca cordura y vergüenza que le quedaban hasta gritar su nombre y pedirle que no parara, que continuara.

Encantado al oírla, sonrió. La agarró de las caderas y, abriéndola a su antojo, la despojó de todo, quedándose todo para él. Enloquecida por aquello, cerró los ojos y jadeó mientras se apretaba contra él, deseosa de dar y recibir más.

Con destreza y posesión, William movió su lengua sobre aquel hinchado botón del placer, mientras ella temblaba y se humedecía mil veces volviéndolo literalmente loco.

Cuando la tuvo totalmente entregada a él, le introdujo un dedo en la vagina y, sin ninguna inhibición, otro en su apretado ano. Ella gimíó de placer y abrió los ojos.

—Todo lo que me ofrezcas será mío... todo —susurró mirándola.

Lizzy asintió. Todo... le ofrecía todo de ella y anhelaba que lo tomase.

Durante varios minutos ella movió sus caderas en busca de su desmesurado placer y William, cuando no pudo más, sacó los dedos del interior de ella y, acomodándose sobre sus caderas, guio su duro e impaciente pene y, sin apartar los ojos de los de ella, la penetró.

La joven se arqueó y jadeó. El placer era extremo y sus piernas mecánicamente se abrieron más para recibirlo mientras se apretaba contra él. William sonrió y, cuando sintió los tobillos de ella cerca de sus nalgas, mirándola, murmuró:

—Me gusta poseerte. ¿Te gusta a ti?

—Sí... sí...

Loco por su reacción, su boca y su entrega, apretándose de nuevo contra ella la volvió a penetrar con fuerza. Ella gritó y él le cogió las manos y se las puso sobre la cabeza; los jadeos y los gemidos de ambos se mezclaron como una canción.

Una... y otra... y otra vez... se hundió en ella consiguiendo que el placer mutuo fuera increíble. Ambos jadeaban. Ambos gritaban. Ambos gozaban. Y ambos querían más.

—Disfrutas...

Lizzy asintió y él, con fuerza, la embistió y sintió cómo su vagina se contraía para recibirlo.

—¿Te gusta así? —insistió mientras la embestía de nuevo.

—Sí... sí... —consiguió balbucear enloquecida.

Repetidas penetraciones que los dejaban a ambos sin aliento se sucedieron una y otra vez. El deseo era tal que el agotamiento no podía con ellos. Aquello era fantástico y William, cambiándola de posición, volvió a darle lo que ella tanto exigía y él deseaba ofrecer.

—Willy... ¡Oh, Dios!

—Elizabeth... —balbuceó él vibrando al sentirse totalmente dentro de ella.

Ambos temblaron. Aquello era maravilloso y, cuando él tomó aire, ordenó:

—Dame tu boca.

Aquella exigencia tan cargada de morbo y deseo la excitó aún más. Ella se la entregó y él la besó y tragó sus gritos de placer mientras él la empalaba sin descanso, hasta que el clímax les llegó y ambos se dejaron llevar por la lujuria y

el rotundo placer.

Un par de minutos después, y una vez que sus pulsaciones se acompasaron, William, que se había dejado caer a un lado en la cama, la miró y susurró:

—Ha sido increíble, Elizabeth.

Extasiada por cómo aquel hombre le había hecho el amor, asintió y afirmó todavía sin resuello:

—Flipante, Willy.

Oír cómo lo llamaba por aquel diminutivo le hizo sonreír; luego Lizzy cuchicheó:

—Eres una máquina de dar placer.

—Tú también, preciosa Elizabeth.

Divertido, tras decir aquello soltó una risotada y todavía con el pulso acelerado fue a hablar cuando ella añadió:

—Nadie... nadie me había hecho el amor así.

A William no le gustó pensar en otro haciéndole el amor y, con gesto serio, murmuró:

—Desafortunado comentario, Elizabeth.

Ella lo miró y, frunciendo el ceño, gruñó:

—¿Desafortunado? Pero si acabo de decirte que eres increíble y un *maquinate* en el sexo.

—Sobra el haber mencionado que otros hombres te han poseído. Eso sobra en este momento, ¿no lo entiendes?

Al hacerlo, ella asintió; él tenía razón y siseó:

—Es verdad, te pido disculpas.

Sin ganas de polemizar por aquello, finalmente él sonrió y, hundiendo la nariz en su pelo, dijo:

—Me gusta dominar en la cama, cielo, y luego querré atarte las muñecas y los tobillos para hacerte mía y sentirte vibrar bajo mi cuerpo. ¿Te agrada la idea?

Escuchar lo que proponía y cómo lo decía la puso a mil por hora y asintió. William sonrió y, al ver en ella una buena compañera de juegos, la besó, la cogió en brazos y murmuró:

—Vayamos a la ducha...

Allí, bajo el agua, ella se sació de su pene hasta que William la arrinconó contra las baldosas y de nuevo le hizo el amor con posesión y deleite. Eran dos animales sexuales y lo sabían. Lo comprobaron y lo disfrutaron.

Así estuvieron durante horas. No hubo una sola parte de sus cuerpos que no se besaran, que no se poseyeran, que no gozaran, hasta que a las seis de la mañana, agotados, se durmieron uno en brazos del otro.

A las siete y media, Lizzy se despertó sobresaltada. ¿Cómo se había podido quedar dormida?

Al mirar la hora, suspiró. Sus padres seguro que ya se habrían levantado y la

estarían esperando preocupados en la cocina. Si hubiera sabido que iba a pasar la noche fuera, los habría avisado y todos hubieran estado tan contentos.

Sin muchas ganas, se levantó con cuidado de no despertarlo y buscó su ropa. Una vez vestida, lo miró. ¿Querría volver a estar con ella o con aquel encuentro ya se daba la relación por terminada?

Le hubiese encantado darle un beso de despedida, pero sabía que, si lo hacía, lo despertaría, así que se dio la vuelta, tras una increíble noche, y se marchó. Debía regresar a su casa o su madre comenzaría a llamar a todos los hospitales, buscándola.

Capítulo 6

El domingo, cuando se despertó en su cama, lo primero que hizo Lizzy fue mirar si tenía alguna llamada de él. Pero no. No la tenía.

Lo llamó, pero no se lo cogió.

Le envió varios mensajes, pero él no respondió.

Sin duda, tras pasar por su cama, ya no la buscaba como antes de hacerlo.

Por la tarde recibió una llamada de su amigo Pedro *el Chato*, y para poder hablar con él abiertamente, se metió en su habitación y entre susurros fue respondiendo a todas sus preguntas.

—Increíble, Chato, ¡increíble! Nunca nadie me ha hecho disfrutar tanto del sexo como él. Willy es tan... tan... joder, ¡es la leche!

Pedro y Lizzy solían hablar de sexo con total naturalidad. No con todos los amigos podía hablar de aquello, pero con Pedro, por alguna extraña razón, así era. Éste le preguntó:

—Joder, Lizzy, pero ¿qué te ha hecho ese tío?

Lizzy, al recordarlo, suspiró encantada y siseó:

—Todo lo que te puedas imaginar adornado con placer, ternura, morbo, deleite, sabiduría y locura. Pero...

—¿Pero?

—Siempre hay un pero —susurró—. Creo que su interés por mí, tras lo ocurrido anoche, se ha acabado. Lo he llamado varias veces y no me lo coge. Le mando mensajes y no me contesta. Sin duda, consiguió su propósito y ya pasa de mí.

—¡No jodas!

—No... justamente en este momento eso no hago —se mofó Lizzy a pesar del malestar que le rondaba por el cuerpo al intuir que él ya no quería saber más de ella.

Media hora después, cuando la conversación se acabó y Lizzy se despidió y colgó, sintió un gran vacío. Quería hablar con él. Necesitaba escuchar su voz y eso la jorobó. ¿Por qué se colgaba de él sabiendo lo que imaginaba? Pensó en llamarlo, pero no. Nunca se había arrastrado ante un tío, y no pensaba hacerlo ante éste precisamente, por lo mucho que le gustaba y por quién era. No lo haría. Si él daba el tema por finiquitado tras la cama, debería aceptarlo y no protestar. Al fin y al cabo, ella ya sabía que aquello no llegaría a ninguna parte.

El lunes, cuando llegó a trabajar, él no estaba esperándola donde siempre. Eso le hizo saber que lo que pensaba era verdad. Él ya no quería ni verla. Se lo comentó a Triana y ésta se apenó por ella. Triana aún creía en los cuentos de princesas. Lo mejor era continuar con su trabajo y olvidarse de todo. Definitivamente aquélla era la mejor opción.

Pero cuando lo vio entrar en el restaurante del hotel, sin poder remediarlo y

armándose de valor, llenó una taza de café, le echó azúcar y, cuando vio que se sentaba a una de las mesas junto a las grandes cristalerías, se plantó ante él y cuchicheó al ver que nadie los podía oír:

—Espero que lo pasara tan bien como yo, señor. Y tranquilo, ya capté el mensaje. No será una molestia para usted.

Él la miró. William, que durante el domingo había hecho esfuerzos sobrehumanos para no llamarla a pesar de haber leído sus mensajes, dijo:

—¿Qué mensaje has captado?

Mirándolo con cierto recelo, afirmó:

—Seré joven, pero no tonta, y sé cuando alguien, tras conseguir su propósito, no quiere saber nada más.

Incrédulo porque ella pensara eso, sin importarle si alguien lo oía, aclaró:

—Pues siento decirte que yo no te he lanzado ese mensaje. Si no te llamé ni contesté tus mensajes fue para darte espacio, porque no quería agobiarte. Y no quiero hacerlo, porque deseo volver a verte. Anhelo poseerte otra vez, me vuelvo loco por volver a tenerte desnuda entre mis brazos, pero sólo te pediré una cosa: no vuelvas a irte de mi cama sin avisar. ¿Captas ese mensaje?

Sorprendida pero encantada por lo que acababa de decirle, lo miró; él, al comprobar su desconcierto, preguntó al ver la taza que le tendía:

—¿Crees que debo fiarme de este café?

Con una encantadora sonrisa, Lizzy asintió con la cabeza. William, sin apartar los ojos de ella, lo cogió, se lo llevó a la boca y dio un trago. Cuando sus labios se separaron de la taza con una sugerente sonrisa, susurró:

—Gracias, Elizabeth. Es tan exquisito como tú.

Congestionada por el mar de sentimientos que bullían en su interior, sonrió y se alejó. Minutos después, se acercó hasta su amiga Triana y murmuró:

—Quiere volver a quedar conmigo.

—*Aiss*, qué monoooooooooooo...

Juntas entraron en las cocinas con varios platos en las manos. Una vez que los hubieron dejado en el fregadero, salieron a una terraza trasera para fumarse un cigarrillo y Triana preguntó:

—¿Realmente qué es lo que pretendes con él, además de tirártelo otra vez?

—¡¿Yo?!

—Sí, tú.

Mientras se retiraba un mechón de la cara, Lizzy dio una calada a su pitillo y, tras expulsar el humo, respondió:

—Simplemente quiero pasarlo bien con él. Nada más.

Triana se carcajeó. Aunque Lizzy no lo admitiera, ese hombre le gustaba. Se le veía en la cara. Divertida, cuchicheó:

—Es un bomboncito. Tan alto, tan educado, tan perfecto...

—Tan anticuado en el vestir —se burló suspirando.

Jovial, Triana movió la cabeza y murmuró:

—No es anticuado, Lizzy. Es sólo que tiene una edad en la que no se va con pantalones cagados, ni gorras ladeadas, cielo. Ese hombre es un caballero inglés y no sólo en el vestir; sinceramente, reina, los trajes le sientan mejor que al mismísimo George Clooney.

—Triana, ¿te encuentras bien? —Se guaseó Lizzy tras oírla, pues Clooney era lo máximo para su amiga.

—Oh, sí... perfectamente. —Suspiró—. Sólo pienso que ése es el tipo de hombre que me encanta, pero nada... ¡se prendó de ti!

Alegre por el comentario, Lizzy soltó una carcajada y dijo para jorobarla:

—Es tremendamente ardiente en la intimidad.

—Eso... Tú ponme los dientes largos, *jodía*.

No pudieron continuar. El jefe de sala apareció, les recriminó su pérdida de tiempo y ellas rápidamente, entre risas, regresaron a sus trabajos.

Esa noche, William y ella se volvieron a ver. La recogió en la puerta de su casa y juntos se dirigieron directamente hacia el ático de la calle Serrano. Esta vez William comenzó a besarla en el ascensor y en el descansillo de la vivienda ya estaban medio desnudos. La noche fue ¡colosal!

Así pasaron una semana. Se veían todas las noches en el piso y hacían el amor de todas las formas y modos posibles. Nada los paraba. Eran insaciables. Dos guerreros del sexo, y como tales lo disfrutaban.

Pero los días se sucedían rápidamente y Lizzy, intranquila, no quería preguntarle por su marcha. Él vivía en Londres y ella en Madrid, y tarde o temprano el día de su partida llegaría; sólo con pensarlo se le encogía el corazón.

¿Qué iba a hacer sin él?

El jueves, día en el que ella libró, lo dedicaron a hacer algo de turismo fuera de Madrid. Lizzy lo recogió en la puerta de su casa con *Paco* para llevarlo a Toledo. Estaba segura de que aquel lugar lo enamoraría y quería enseñarle ese mágico y maravilloso paraíso.

Visitaron el Alcázar, el Museo Sefardí, la Puerta Bisagra, el Museo del Greco. Todo. A William le encantó absolutamente todo. Aquello era cultura viva.

Mientras caminaban por las empedradas y estrechas calles del mágico Toledo, Lizzy vio a una pareja de músicos callejeros y, tirando de William, llegaron hasta ellos. Abrazada a él, escuchaba cantar a la chica. La letra mencionaba un amor eterno, para toda la vida.

Embobados, todos los que estaban oyendo entonar esa bonita pieza a aquella mujer de unos cuarenta años, acompañada sólo por la guitarra de su compañero, se movían lentamente al compás de la música. Aquella romántica canción era una maravilla y, cuando William oyó a Lizzy canturrearla, le preguntó:

—¿Conoces este tema?

Ella asintió.

—A mi padre le encanta esta canción. Le regalé un disco de música brasileña que salió hace unos años y la interpretaba Rosario Flores. Si mal no recuerdo, creo que se llama *Sé que te voy a amar*^[5]. —Y con gesto pícaro, propuso—: ¿Bailas conmigo, Willy?

William la miró y rápidamente negó con la cabeza.

Pero ella, sin hacerle caso, lo abrazó y, mirándolo a los ojos, comenzó a bailar lentamente y al final él la siguió y sonrió. Lizzy lograba hacer con él lo que se proponía. Un par de segundos después, otra pareja que había a su lado los imitó y, tras ellos, otras; divertida, Lizzy murmuró:

—Ves, Willy. No pasa nada. La gente baila, se besa y se ama libremente manifestando sus sentimientos y nadie se escandaliza por ello. Y, si lo hacen, ¡es su problema, no el nuestro!

William sonrió. Sin duda ella tenía razón; la contempló mientras la abrazaba y bailaban en plena calle, y exclamó:

—*Lizzy la Loca*, ¡eres increíble!

Cuando la canción terminó, todos aplaudieron, y Lizzy, al ver que aquella pareja vendía un cedé, le preguntó a la mujer si en él se incluía aquel tema.

—Sí, cariño. Está en la pista número tres —respondió.

Feliz por saberlo, Lizzy abrió el bolso, sacó su monedero y lo compró. La mujer, encantada, al entregarle el cedé le dijo, mirándola:

—Gracias, jovencita. —Luego observó a William y añadió—: Gracias, señor.

William, con una sonrisa, asintió con la cabeza y, cuando se alejaron de ella, Lizzy le entregó el cedé y le dijo:

—Toma. Para que cuando estés en Londres te acuerdes de mí.

Aquel detalle a William le tocó el corazón. Ella, al igual que él, pensaba en su marcha, en que pronto se tendrían que separar, pero no decía nada. Aquello era algo que debía solucionar. Pero no sabía cómo. No resultaba fácil.

Encantado con aquel gesto, cogió el cedé que ella le tendía y, tras besarla en la boca, murmuró emocionado:

—Gracias, cielo.

Aquella demostración de afecto la hizo sonreír y se mofó.

—Ohhh, Diossss. ¡Qué fuerteeeeeeeeeeeeee! Te estoy echando a perder. ¡Me has besado en la calle! ¡Qué escándalo!

El comentario hizo reír a William.

—Bésame otra vez. Lo necesito —exigió cogiéndola entre sus brazos.

Lo hizo entusiasmada y, cuando separó su boca de la de él, lo despeinó y soltó:

—Me gustas mucho. Quizá demasiado, Willy.

Ambos se miraron a los ojos y Lizzy, consciente de lo que había dicho, para

romper aquel momento de ñoñería pura y dura, preguntó:

—¿No te aburre ir siempre vestido con traje?

Él se encogió de hombros.

—Siempre visto igual. ¿Por qué me iba a aburrir?

—¿Pero no tienes unos míseros vaqueros y una camiseta básica?

William sonrió.

—La verdad es que no. Dejé de utilizar tejanos el día que comencé a trabajar de ejecutivo y...

—¿Sabes? —lo cortó—. Me encantaría verte con unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y una camiseta. Debes de estar guapísimo.

—No es mi estilo. —Luego, la observó y preguntó—: ¿No te gusta cómo visto?

Sin ganas de polemizar, ella sonrió y aclaró:

—Vamos a ver cómo te digo esto sin que te lo tomes a mal. Estás guapo con los trajes, pero pareces siempre un señor serio, respetable y ejecutivo. Con el cuerpo que tienes, estoy segura de que unos tejanos con una camiseta o camisa te tienen que quedar de lujo. Es más, seguro que te quitas años de encima.

Sorprendido por aquello, planteó:

—¿Me estás llamando viejo?

Ella se carcajeó y explicó:

—No. No te llamo viejo. Pero hasta la cantante te ha llamado «señor» y sólo tienes treinta y seis años.

—Es que soy un señor —afirmó.

Lizzy puso los ojos en blanco y, dispuesta a hacerse entender, insistió:

—Lo eres. Claro que lo eres, pero sólo digo que podrías actualizarte un poco en lo que al vestir se refiere. No tienes por qué ir todos los días con traje y menos un día como hoy, en el que no has tenido que trabajar.

Al ver su cara de pilluela, él sonrió. No era la primera vez que se lo decían y, consciente de que ella llevaba razón, preguntó:

—¿Hay tiendas de ropa en Toledo?

Asintió encantada y, mientras tiraba de él, propuso:

—Vamos. Déjame aconsejarte y te aseguro que vas a estar guapísimo.

—Miedo me das —se mofó divertido.

Llegaron hasta la zona más comercial de la ciudad cogidos de la mano. Allí entraron en varias tiendas, y William, por darle el gusto, se probó mil vaqueros. Se negó a comprarse unos que se llevaban caídos. ¡Por ahí no pensaba pasar! Era un señor.

Finalmente cambió el traje oscuro que llevaba por unos vaqueros Levi's que le sentaban de maravilla, una camiseta básica gris y unas zapatillas de deporte del tono de la camiseta.

Satisfecha por el cambio que había dado, ambos se contemplaron en el

espejo y él preguntó:

—¿No voy haciendo el ridículo con esto?

El dependiente, al oírlo, sonrió y respondió por ella:

—Le sienta muy bien esta ropa, joven. Ya les gustaría a muchos tener su percha.

Sorprendido porque el dependiente hubiera respondido, y en especial porque le hubiera llamado «joven» en vez de «señor», William miró a Lizzy y ésta, encantada, afirmó:

—Lo dicho, «joven», ¡estás guapísimo!

Con el traje, la camisa, la corbata y los zapatos metidos en una bolsa, y otros vaqueros y un par de camisas en otra, salieron de la tienda de la mano y, al pasar por una peluquería, Lizzy expuso:

—¿Me permites sugerirte el último cambio?

William suspiró y ella cuchicheó:

—Dime que sí... Dime que sí, por favor.

William la miró y preguntó:

—¿Por qué no puedo decirte que no a nada? ¿Por qué me dominas así?

Ella sonrió y, mimosa, respondió consciente de lo que decía:

—Porque tú me dominas en la cama.

Al oír aquello, él sonrió con picardía y, contento con todo lo que estaba pasando, murmuró:

—De acuerdo... Entraremos en la peluquería. Pero a cambio, además de dominarte en la cama, a partir de este momento y hasta que regreses a tu casa, sólo fumarás tres cigarrillos, ¿aceptas?

—¿Sólo tres?

—Sólo tres. Fumar no es bueno para la salud —afirmó convencido.

—Otro como mi madre. ¡Qué cruz!

Tras soltar sendas carcajadas, encantada lo empujó dentro de la peluquería. Habló con el peluquero sobre lo que quería para él y, una vez hubo acabado y éste se miró en el espejo, con gesto incrédulo murmuró:

—Cuando me vea el señor Banks, le dará algo.

—¿Quién es el señor Banks?

—El barbero de toda la vida de mi familia —respondió William, mirando su corto pelo sin rastro de gomina.

Pero Lizzy estaba feliz. Aquel que tenía ante ella era un William moderno y actual. Estaba impresionante y pronto él mismo lo comprobó, pues, al salir a la calle, todas las jovencitas que se cruzaban con él lo miraban.

—Me estoy empezando a arrepentir de los cambios —comentó Lizzy.

William soltó una risotada y, besándola sin impedimentos, murmuró:

—Tranquila, cariño... Sólo tengo ojos para ti.

Ella sonrió. Por primera vez la había llamado «¡cariño!», y eso le gustó. Le

encantó.

Aquella noche, tras un maravilloso día en Toledo, cuando regresaron a Madrid William propuso ir a cenar a algún restaurante, pero Lizzy se negó. Pedirían unas pizzas por teléfono. Ya estaba cansada de que todas las mujeres lo mirasen y necesitaba sentir su posesión.

Como era de esperar y ella deseaba, en cuanto se desnudaron el William dominante y exigente resurgió y, cuando le abrió las piernas a su antojo para hacerla suya, Lizzy no se resistió y lo disfrutó.

Tras un buen maratón de sexo en el que jugaron hasta saciarse, a las tres de la madrugada, William, con pesar, la llevó hasta su casa. La despidió en el portal con un beso y quedó en verla al día siguiente en el hotel.

Por la mañana, cuando Lizzy llegó a su puesto de trabajo, encontró a sus compañeras revolucionadas. ¿Qué les ocurría?

Poco después supo el porqué.

Todas estaban entusiasmadas por el cambio físico que el hijo del dueño del hotel había dado. Sin duda, aquel William actualizado llamaba escandalosamente la atención y las volvía locas.

Durante horas oyó a sus compañeras hablar de él, mientras Triana la miraba y le sonreía. ¡Si ellas supieran!

Sin decir nada, las oía suspirar y se mordía el labio cuando alguna insinuaba que se haría la contradicha con él en los pasillos.

A media mañana no pudo más y, cogiendo una bandeja con café y una taza, subió a su despacho.

Cuando la secretaria la vio aparecer, sonrió y le indicó que podía pasar. Golpeó con los nudillos en la puerta y abrió. Cuando él la vio entrar sonrió.

—¿A qué se debe esta agradable sorpresa? —le preguntó mientras se levantaba.

Lizzy, al verlo vestido con aquellos vaqueros y una simple camisa negra, entendió el motivo de la revolución y suspiró. Mientras dejaba la fuente sobre la mesa, murmuró para que la secretaria no los oyera:

—Si me entero de que miras a otra compañera con ojitos o que...

Pero no pudo decir más. William se acercó a ella y la besó hasta dejarla sin resuello; al acabar el beso, susurró:

—Te dije que sólo tengo ojos para ti; ¿lo has olvidado, cariño?

Feliz por aquella aclaración, lo besó hasta que un ruido los alertó y se separaron inmediatamente.

Un par de segundos después, se abrió la puerta del despacho y entró Adriana en él, junto al padre de William. Aquella despampanante mujer, sin reparar en Lizzy, lo miró y preguntó:

—Pero, William, mi amor, ¿eres tú?

Oír que lo llamaba de aquella manera a Lizzy le revolvió el estómago y, sin poder evitarlo, vio cómo la ex se acercaba hasta él y, poniéndole los brazos alrededor del cuello, murmuraba:

—Si ya eras atractivo, ahora estás terriblemente tentador y seductor.

«Te arrancaría los brazos y después la lengua, so perra», pensó Lizzy justo antes de oír al señor Scoth decir:

—William, ¿qué haces vestido así?

Sin querer permanecer un segundo más allí, la joven intervino:

—Si no desea nada más, señor, regresaré a mi trabajo.

Sin mirar atrás, salió de la habitación todo lo rápido que pudo, sin saber que William la había mirado deseoso de que no se marchara.

A la hora de la comida, mientras servía en el restaurante, vio a la imbécil de Adriana llegar del brazo de William, junto a los padres de ambos. Lizzy los miró. Y por el gesto de William supo que éste estaba bastante molesto. Es más, parecía enfadado.

Los cuatro se sentaron a una mesa y Lizzy, acercándose a su compañera Triana, le pidió que le cambiara la zona de servir. No quería verlos ni atenderlos. Sólo quería desaparecer. Triana, al entender lo que ocurría, asintió y fue a servirles.

Cuando Lizzy huyó del comedor, rápidamente salió a la terraza trasera y se encendió un cigarrillo. Lo necesitaba. Saber que aquella mujer tan sobona y estúpida había estado todo el día con él le provocó un ataque de celos tremendo; en ese momento, su teléfono sonó. Había recibido un mensaje.

«¿Dónde estás?».

Era él; molesta, respondió: «Fumando».

En el comedor, mientras oía hablar a su padre y a aquellos dos, William miró su móvil y rápidamente contestó: «No me gusta que fumes. ¿Dónde estás?».

Lizzy, sin querer decirle dónde se hallaba, estaba pensando qué responder cuando recibió otro mensaje que decía: «Si no me lo dices, le diré a Triana que te busque y te traiga ante nosotros».

Al leer aquello, la joven blasfemó y contestó: «Si haces eso, no me volverás a ver en tu vida».

Incómodo por no poder hablar con ella, William finalmente se disculpó y, tras decirle algo a Triana, mientras caminaba hacia su despacho escribió: «Te quiero en mi despacho en tres minutos o yo mismo te iré a buscar».

Lizzy miró hacia los lados. ¿Se había vuelto loco? Sin moverse, continuó fumando; recibió otro mensaje que ponía: «No hagas que mi yo más maligno salga. Ven al despacho ¡ya!».

En ese instante apareció Triana, que la miró angustiada, y Lizzy dijo:

—Vale... vale... ¡Iré!

Una vez hubo apagado el cigarrillo, salió por la parte trasera de la cocina y subió hasta la planta donde estaban los despachos. Al ver que la secretaria no se encontraba en su puesto, entró directamente. Allí se topó con un ofuscado William que, al verla, caminó directamente hacia ella, la cogió del brazo, la llevó tras una librería y, aplastándola con su cuerpo, siseó:

—Hueles a tabaco.

Con una sonrisa que a él lo bloqueó, ella susurró:

—Oh..., fíjate, ¿será porque he fumado?

William, con gesto serio, la miró y finalmente, dulcificando el rostro, dijo:

—No vuelvas a desaparecer así.

Dispuesta a contestarle, algo que seguramente lo enfadaría más, fue a hablar cuando él la cogió entre sus brazos y la besó. La aprisionó contra la librería y, haciéndole sentir su deseo, murmuró a la vez que ella protestaba al notar que le subía la falda del uniforme:

—Mi secretaria no está...

No hizo falta decir más. Las bragas de Lizzy volaron segundos después y, contra la librería, él la hizo suya, demostrándole cuánto la deseaba y recordándole que Adriana no era nada para él.

Una vez que hubieron acabado, cuando la soltó en el suelo y ella se puso las bragas, William la miró y, cogiéndola de una mano para que lo mirara, dijo:

—Esta noche tengo un compromiso para cenar y no sé a qué hora acabará.

—¿Con Adriana?

Como no quería mentirle, asintió.

—Ella trabaja para mi grupo empresarial y, aunque la cena nada tiene que ver con la empresa, es importante. —Al ver su gesto de desconfianza, añadió—: Es un tema que he de tratar con ella, con mi padre y otras personas. No desconfíes de mí. Pero mañana por la noche tú y yo tenemos una cita en mi casa y en mi cama. ¿Entendido?

Al final ella sonrió y William, al verla así, murmuró:

—Sonríe, Elizabeth. Estás preciosa cuando lo haces. Y, por favor, no te vayas del restaurante cuando yo esté; al menos, mientras estoy allí, te puedo sentir cerca.

Cinco minutos después, tras varios besos y algo más sosegados, abandonaban el despacho, retomaban sus trabajos y deseaban que llegara la noche siguiente para estar juntos.

Al día siguiente, cuando Lizzy llegó a trabajar, se sorprendió al no ver a William allí, pero se alegró cuando apareció un par de horas después. Esta vez iba vestido con su inseparable traje oscuro y su corbata. Su aspecto era serio. Demasiado serio y, cuando la miró, no esbozó ni una tímida sonrisa, y eso la mosqueó.

¿Qué había ocurrido?

Durante el día no lo vio. Estuvo reunido en su despacho y no bajó a comer ni pidió que nadie le subiera nada. A Lizzy los nervios la comenzaron a atenuar. ¿Y si había ocurrido algo con Adriana?

Cuando su turno de trabajo terminó, mientras caminaba hacia su coche recibió un mensaje: « A las ocho en mi casa » .

Como un reloj, a las ocho de la noche ella llamaba al portero automático y luego entraba en la casa finca de la calle Serrano. Al salir del ascensor, William la estaba esperando. Sólo vestía un vaquero de cintura baja y no llevaba nada en el torso.

« Qué sexy » , pensó Lizzy mientras él la besaba.

Al entrar, Lizzy se sorprendió al oír música... y sonrió al reconocer que se trataba del céde que ella le había regalado en Toledo. Eso le gustó. Y se sorprendió aún más al ver una preciosa mesa para dos preparada en el salón, iluminado por una vela.

—Pensé que te gustaría cenar conmigo aquí.

Encantada, asintió. Nada le apetecía más que aquella intimidad.

—Desnúdate —le pidió él.

Sorprendida por aquello, lo miró y él aclaró:

—Cenaremos desnudos. No quiero privarme de nada el rato que estemos juntos.

Al ver su ceño fruncido, ella se acercó y preguntó:

—¿Has tenido un mal día?

William asintió.

—Sí. Pero sé que tú y tu sonrisa lo van a mejorar.

Abrazándolo por aquel bonito cumplido, Lizzy sonrió y cuchicheó:

—Haré todo lo que pueda para que disfrutes este rato y olvides todo lo que necesitas olvidar.

—Gracias, cielo —murmuró satisfecho por aquella positividad.

Tras besarse, comenzaron a desnudarse cuando de pronto sonó el portero de la casa. Ambos se observaron y William afirmó:

—No espero a nadie.

Entre risas, Lizzy se terminó de desabrochar la camisa y pocos minutos después sonaron unos golpes en la puerta de la casa. Se miraron y ambos oyeron la voz de Adriana que decía:

—William, amor. ¡Abre! Sé que estás ahí. Oigo la música y tenemos que hablar urgentemente.

Él maldijo. ¿Qué demonios hacía Adriana allí?

Rápidamente, Lizzy se comenzó a abrochar la camisa ofuscada, lo miró y siseó:

—¿Qué hace ella aquí!

—No lo sé —murmuró él.

Molesta por aquella intromisión, volvió a indagar:

—¿Qué es eso de que tenéis que hablar?

Desconcertado por aquello, no contestó; susurró, mientras se abrochaba los pantalones:

—Te he dicho que no lo sé.

Cada instante más enfadada, Adriana aporreó la puerta de nuevo y finalmente William gritó:

—Un segundo... estoy saliendo de la ducha.

Adriana, al oírlo, puso los ojos en blanco y cuchicheó:

—Amor, ni que nunca te hubiera visto desnudo.

—¡Será perra! —se quejó Lizzy al oír lo que decía.

En ese instante sonó el móvil de William. Era su padre. Lo cogió y, tras atender una corta llamada que lo hizo blasfemar, miró a la joven que tenía delante y anunció:

—Elizabeth, tienes que marcharte.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Con un gesto que la chica no supo descifrar, repuso:

—Ha ocurrido algo...

—¿Qué ha pasado?

William, sin responder ni mirarla, fue hasta la puerta y, al abrir, Adriana entró y dijo:

—Amor... ha sucedido algo horrible. —Acto seguido clavó sus ojos en la muchacha que estaba frente a ellos y preguntó con gesto tosco—. Y ésta, ¿quién es?

Durante unos segundos, William y Lizzy se contemplaron. Justo empezaba a sonar la canción *Sé que te voy a amar*^[6]. Ella quería ver cómo la presentaba, pero finalmente, él se puso una camisa que había cogido del sillón y respondió:

—No es nadie importante, Adriana. Vámonos.

Bloqueada por aquella contestación, Lizzy lo miró. Y mientras William empujaba a la otra para salir de su casa cuanto antes, con un extraño gesto, miró a Lizzy y añadió:

—Cuando salgas, cierra la puerta, por favor.

Dicho esto, se marchó dejándola totalmente desconcertada debido a lo que había dicho de que no era nadie, mientras la canción hablaba de despedidas, ausencias y llanto.

Con piernas trémulas, se sentó en una silla y se dio aire con la mano.

¿Ella no era nadie importante?

Temblando de rabia, cogió un vaso de la mesa, lo llenó de agua y, tras beber, respiró hondo y murmuró:

—Vete a la mierda, William Scoth.

Dicho esto, apagó la música y las luces y salió de la casa con el corazón roto.

Capítulo 7

Al día siguiente, cuando se levantó para irse a trabajar, todo un nubarrón de sentimientos le hizo saber que no iba a ser un buen día. Debía enfrentarse a verlo en el hotel y eso la destrozó.

En la ducha intentó relajarse, pero le fue imposible. No podía olvidar aquello de «no es nadie importante».

¿Sería gilipollas?

Al salir de la ducha y comenzar a vestirse, recibió un mensaje en el móvil. Al cogerlo vio que era de William.

«Salgo para Londres. Siento no poder despedirme».

Incrédula, leyó el mensaje veinte veces más. Sin duda, para él era ¡nadie! Ni siquiera se iba a molestar en despedirse de ella.

Sin entender lo que había ocurrido, llegó a trabajar al hotel. Allí todo continuaba tan normal como siempre y, cuando vio a la secretaria en el restaurante, le preguntó por la precipitada marcha del jefe. Ésta, a nivel de cotilleo, le comentó que, al parecer, había surgido un problema con la exmujer de William y que éste había tenido que regresar inmediatamente.

Descorazonada por todo y en especial por no entender nada, sonrió y decidió proseguir con su trabajo. Era lo mejor.

Dos días después, el dolor por su lejanía, por no saber nada de él y por sus últimas palabras la habían calcinado y finalmente se convenció de que el rollito con su jefe se había acabado y ahora tendría que pagar las consecuencias de haber cometido aquella locura. Sin duda, ella había sido la tonta camarera que le había hecho los días más agradables durante su estancia en Madrid, nada más.

Así paso una semana. Siete horribles días en los que realmente sintió que no había sido para él nadie importante e intentó salir con sus amigos para no pensar y olvidarse de él. Algo imposible. William le había calado hondo.

Pero una de las mañanas, mientras recogía con el carrito las bandejas de comida que los huéspedes habían dejado en las habitaciones ahora vacías, al entrar en una de ellas oyó a sus espaldas:

—Hola, Elizabeth.

Aquella profunda voz le puso la carne de gallina y, al darse la vuelta, lo vio. Ante ella estaba el William trajeado que ella había conocido, tan guapo y serio como siempre. Lizzy, confundida, sólo fue capaz de decir:

—Hola.

Sin moverse de su sitio, ambos se miraron hasta que él dijo:

—He hecho un viaje relámpago sólo para verte.

—¿Por qué?

—Porque te mereces una explicación, ¿no crees?

Lizzy, sin poder evitarlo, posó su mirada en sus labios... aquellos labios

carnosos y tentadores que la habían hecho jadear de placer.

Atrapada en un bucle de emociones, suspiró. No sabía si quería explicaciones. Su frialdad al no acercarse a ella hablaba por sí sola y necesitaba salir de allí urgentemente.

Las opciones eran saltar por encima de la cama o pasar junto a él. Finalmente decidió que la más sensata era la segunda. Dio un paso hacia adelante, pero William extendió el brazo y le cortó el paso.

—Elizabeth...

Sus respiraciones ante su cercanía se aceleraron. Se miraron y entonces ocurrió lo que llevaban días anhelando cada uno de ellos en la distancia, y el beso llegó.

En la quietud de la habitación y durante unos segundos, disfrutaron del manjar prohibido que tanto los atraía. Sus lenguas chocaron como dos trenes de alta velocidad y el vello del cuerpo se les erizó, deseosos de algo más.

La pasión, la locura y el frenesí les pedían que continuaran, y William, aprisionándola contra el armario, paseó sus manos por su cuerpo dispuesto a no parar. Lizzy, gozosa del momento, ahondó en su beso, pero de pronto una puerta se cerró y los trajo de vuelta a la realidad y, como si se quemaran, se separaron.

—Elizabeth...

La joven le tapó la boca con una mano. Le prohibió hablar y, cuando los pasos del exterior se alejaron, William continuó:

—Mi exmujer hizo una locura al enterarse de que estuve con Adriana estando con ella y...

—¡No me interesa! —lo cortó.

—Escúchame.

—¡No!... No quiero hacerlo. No me interesa saber ni de ti, ni de tu ex, ni de tu amante.

—Elizabeth... —Suspiró con gesto cansado.

Enrabietada por todo, ésta lo miró y siseó:

—¡No soy nadie importante! ¿Acaso lo has olvidado?

William maldijo. Ella jamás le perdonaría aquel desafortunado comentario.

—Si dije eso fue para no inmiscuirte en el problema —aclaró—. Si Adriana te relacionaba conmigo o el hotel, se lo diría a su padre, que es consejero, y te ocasionaría problemas sin estar y o aquí.

—¿Y qué? ¿Acaso puede hacerme algo peor que despedirme?

Desesperado, William intentó acercarse pero ella siseó:

—No te acerques o juro que vas a conocer a Lizzy *la Loca*.

Convencido de que era capaz de lo que decía, se paró e insistió:

—Escúchame, cielo...

—¡No soy tu cielo! Sólo soy la simple y joven camarera que no cree en cuentos de hadas ni princesas, con la que lo has pasado muy bien durante tu

estancia en Madrid —musitó entre dientes. No podía gritar o todo el hotel se enteraría. Furiosa, susurró—: Has tenido muchos días para ponerte en contacto conmigo y darme esa explicación que ahora pretendes ofrecerme, pero te ha dado igual. No has pensado en mis sentimientos. No has pensado en cómo podía estar. Sólo has pensado en ti, en ti y en ti, y ahora no quiero saber nada. ¿Entendido? Ahora sólo quiero que te vayas, que me dejes en paz y que te olvides de mí.

Pero William, deseoso de ser sincero, intentó hablar con ella; Lizzy, finalmente, tras soltarle un rechazazo que lo hizo retroceder, dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Aléjate de mí y déjame continuar con mi vida.

Sin mirar atrás y rabiosa, salió de la habitación dejando a William totalmente bloqueado y noqueado. ¿Cómo lo podía haber hecho tan mal?

Roja como un tomate maduro, la joven llegó hasta el carro donde llevaba las bandejas que había ido recogiendo de las habitaciones y, sin mirar atrás, se alejó. No quería verlo.

Pero dos horas después, semiescondida tras las cortinas del restaurante, observó con el corazón roto cómo el hombre que la había hecho vibrar y hacer conocer la pasión salía del hotel, se metía en una limusina oscura y se marchaba. William regresaba a su mundo, a su vida, y ella debía continuar con la suya y olvidar.

Lo ocurrido entre ellos simplemente ocurrió. No merecía la pena darle vueltas a algo que no había sido nada, excepto una intensa atracción sexual.

Pasaron un día, dos, cinco, diez, quince, veinte y así hasta un mes.

Un tremendo mes en el que Lizzy lo recordó todos los días. Cerraba los ojos y cada canción que escuchaba le hacía sentir lo sola que estaba y lo mucho que lo echaba de menos. ¿Cómo se podía haber enamorado de aquel hombre? ¿Por qué no podía olvidarlo y continuar con su vida?

Había escuchado cientos de historias de personas que se enamoraban el primer día y se casaban al quinto, y nunca las creyó. Nunca había creído en el flechazo, pero allí estaba ella ahora, enamorada hasta las trancas: era un amor imposible, que estaba a más de mil kilómetros de distancia y del que, con seguridad, nunca más volvería a saber.

Continuó saliendo con sus amigos. Ellos, sin preguntar por el trajeado con el que la habían visto los últimos tiempos, volvieron a hacerla sonreír y, como pudo, Lizzy sobrevivió a unos recuerdos que se negaban a abandonarla ni un solo día.

Cuando algún chico de su edad intentaba ligar con ella, ella lo miraba sin comprender por qué lo que antes le gustaba ahora le desagradaba por completo.

¿Estar con Willy le había atrofiado el gusto?

Una mañana como cualquier otra, mientras colocaba los cubiertos sobre la mesa para los huéspedes, por los altavoces comenzó a sonar *Puedes contar*

conmigo^[7], interpretada por La Oreja de Van Gogh.

Al oír la canción, suspiró. ¿Por qué? ¿Por qué todo le recordaba a él? Continuó trabajando cuando, de pronto, oyó tras ella:

—Señorita, por favor.

Esa voz.

Ese tono.

Ese acento.

Se giró temerosa de que todo fuera un sueño. Pero no. Allí estaba él, más guapo que nunca, en vaqueros y con una camisa oscura de Ralph Laurent, mientras por los altavoces seguía oyéndose la canción.

Sus ojos se encontraron y William, besándola con la mirada y con una seductora sonrisa, preguntó:

—Señorita, ¿me sirve un café?

Desde el día en que se había marchado del hotel, no había podido dejar de pensar ni un solo instante en la joven descarada, alocada, inteligente e independiente que primero le salvó de morir atropellado, luego le sirvió un café con sal y, después, le cambió la vida.

En su casa de Londres había escuchado mil veces el disco que ella le había regalado en aquella mágica visita a Toledo y, tras mucho pensarlo, había vuelto a por ella. Lizzy era lo único que le importaba y se lo tenía que hacer saber, fuera como fuese.

No le importaba la diferencia de edad. No le importaba que sus ideas fueran distintas. Sólo era relevante lo que el corazón le decía y, por tanto, debía intentarlo una y mil veces más.

Él era un hombre sobrio por naturaleza, e incluso su humor no era el más maravilloso, pero ella, con su locura, con su desparpajo y con su particular manera de ver la vida, sabía hacerlo sonreír como nadie lo había conseguido antes en el mundo.

Confundida por todos los sentimientos que afloraron en ella al verlo, se apoyó en la mesa y, como pudo, preguntó, consciente de que su jefe de sala acababa de entrar junto a Triana y varios huéspedes y los observaban:

—Buenos días, señor. ¿Cómo quiere el café?

—Sin sal, a ser posible. —Sonrió.

Lizzy cerró los ojos. Si había ido a provocarla, la iba a encontrar.

No estaba en su mejor momento anímico, pero cuando abrió los ojos y le fue a contestar, él, con una encantadora sonrisa que le desbocó el corazón, se acercó a ella y, tocándole el óvalo de la cara, murmuró con dulzura:

—No he podido dejar de pensar en ti.

Acalorada, desconcertada, sobreexcitada y consciente de que todos los estaban mirando, parpadeó. ¿Se había vuelto loco?

La canción que sonaba acabó y, angustiada, Lizzy oyó por los altavoces a

Rosario Flores empezar a entonar *Yo sé que te amaré*^[8].

Al mirar a William, éste, sin moverse, preguntó:

—¿Bailas conmigo?

Como una automática, negó con la cabeza, pero él insistió.

—Aún recuerdo cuando bailaste conmigo en Toledo y, como tú me dijiste, ¡no pasó nada!

—No... no quiero hacerlo —balbuceó al ver que la gente los miraba.

Pero ¿qué estaba haciendo aquel loco?

Trató de dar un paso atrás, pero la mesa se lo impidió. Y William, enseñándole un precioso ramo de rosas, insistió poniéndoselo delante:

—Vale. No bailaremos, pero acéptame este ramo. Necesito hablar contigo.

—No.

Sin apartar el ramo de delante de ella, agregó:

—Vi estas rosas rojas en el aeropuerto y me acordé de tus preciosos labios.

Incrédula, miró el precioso *bouquet* redondo de rosas y, sin pensarlo, lo cogió y lo tiró al suelo con fuerza. Una princesa nunca haría eso, pero ella no era una princesa.

Se oyó un « ¡ohhhh! » general, pero eso a ella no le importó. Ya sabía que estaba despedida.

William sonrió. No esperaba menos de ella y, mirándola sin importarle las docenas de ojos que los observaban con curiosidad, prosiguió:

—De acuerdo, cielo. Estás muy enfadada y *Lizzy la Loca* está aquí. Lo entiendo y me lo merezco por haber sido un tonto.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó molesta al sentirse el centro de atención de y a demasiadas miradas.

—Intento decirte que te quiero.

—Pero ¿qué estás diciendo? —gruñó pesarosa viendo cómo todos los observaban—. ¿Te has vuelto loco?

William, al ver hacia dónde miraba ella, insistió:

—Expreso lo que siento y, como una vez me dijiste, si ellos se escandalizan, es su problema y no el nuestro.

Sin dar su brazo a torcer, él se sacó un anillo del bolsillo y, poniéndoselo delante, iba a hablar cuando ella siseó:

—Ni se te ocurra... o juro que te arranco la cabeza.

William sonrió y, sin hacerle caso, empezó a decir:

—Elizabeth, y o...

Con un rápido movimiento, ella le tapó la boca y, mirándolo, insistió:

—¡Que no lo hagas!

William permitió que ella le tapara la boca y, cuando se la destapó, prosiguió:

—Elizabeth, sé que es una locura, pero... ¿quieres casarte conmigo?

Un nuevo « ohhhh » emocionado se volvió a oír en el restaurante. Cada vez

había más gente mirando y él continuó:

—Vamos, cielo. No me puedes decir que no.

Horrorizada, lo miró.

Pero ¿dónde estaba el hombre discreto y celoso de su intimidad?

Sin poder evitarlo, respondió:

—Pues te digo que no. Y, por si no te has enterado, lo repito: ¡¡no!!

—Lizzy —protestó Triana, que los observaba—. ¿Qué estás haciendo?

Tras mirar a su amiga, le pidió silencio cuando el jefe de sala de la joven, acercándose a ellos, dijo azorado:

—Señor Scoth, creo que lo que está ocurriendo no es...

—Le agradecería, señor González —dijo William con rotundidad—, que no se entrometiera en la conversación que mantengo con la mujer que amo.

—Pero, señor...

William lo miró con gesto serio y éste finalmente se calló, justo en el momento en el que Lizzy comenzaba a caminar con brío hacia las cocinas. Debía huir del comedor y de las docenas de miradas indiscretas antes de que todo se liara mucho más, pero una mano la agarró y no la soltó. Era William.

—Escúchame, Elizabeth.

—No.

—Elizabeth, sé que no crees en los cuentos de hadas, pero...

—Olvidame, ¡no existo para ti!

Sin darse por vencido y sabedor de la cabezonería de ella, insistió sin soltarla:

—Vamos a ver, respira y mírame.

—No quiero respirar y ¡suéltame! —gritó descompuesta.

Aquel grito hizo que él le soltara el brazo y ella, desconcertada y sabedora de que todo había sido descubierto por su jefe inmediato y sus compañeros, voceó sin importarle ya nada. ¿Qué más daba?

—No sólo me haces sentir una don nadie, sino que ahora también, por tu culpa, me voy a quedar sin trabajo. ¿Te has vuelto loco?

William asintió y, ante el gesto de alucine de ella, afirmó:

—Total y completamente loco por ti, cariño.

Incrédula, Lizzy parpadeó. ¿Había oído bien? Él, al verla tan desconcertada, prosiguió:

—No lo hice bien. Sé que te debería haber llamado todos los días cuando me fui para solucionar lo de mi exmujer. Lo sé. —Y tomando aire, afirmó—: Pero te quiero. Estoy loco y apasionadamente enamorado de ti y, repito, ¿quieres casarte conmigo?

Un «¡ohhhh!» general se oyó de nuevo en el restaurante. Todos los comensales, los camareros, su jefe y hasta los cocineros, que habían salido de las cocinas, los observaban, mientras Triana, emocionada, sonreía. Si Lizzy le decía que no a aquel hombre, estaba loca de atar.

—Sé que presentarme así es una locura. Incluso sé que lo de la boda es otra insensatez —agregó él—. Pero un mes sin verte me ha bastado para saber que no quiero vivir sin ti. Si no quieres vivir en Londres porque estarás alejada de tus padres o tus amigos, ¡vivamos en Madrid! Estoy abierto a todos los cambios que quieras proponer y...

—Cierra la boca, William.

—Willy —corrigió él.

—Para de una vez —gimió ella.

—No, cariño. Lo he pensado y no voy a parar.

—Pero... William...

—Willy —insistió y, abriendo los brazos, murmuró—: Tú me has enseñado a ser más extrovertido, más abierto y franco. Me has hecho ver la vida desde otro prisma y, ahora, no sé qué hacer sin ti.

Lizzy tembló. Esas palabras le estaban afectando más de lo que nunca pensó. Luego le oyó decir:

—Me has enseñado a sentir, a apreciar, a percibir la vida de otra manera y ahora necesito seguir lo que mi corazón quiere. Y lo que él quiere y yo quiero eres tú. Sólo tú.

Oír aquello conmovió a Lizzy.

Buscó apoyo moral en su amiga Triana, que, a pocos pasos de ellos, eternecida, se tapaba la boca con una servilleta mientras grandes lagrimones corrían por su cara. Aquel loco, desatado, imprevisible y maravilloso amor era lo que ella siempre había buscado y de pronto Lizzy lo tenía frente a ella; sin poder evitarlo, se emocionó.

Aquellas lágrimas tan significativas a William le dieron valor para acercarse a ella y lenta, muy lentamente, le pasó una mano por la cintura, hizo que lo mirara a los ojos y dijo:

—Ahora que has conseguido que te diga las cosas que nunca pensé decir delante de tantas personas y que sabes que te quiero con locura, ¿qué tal si me dices que tú también me has echado de menos?

Lizzy cerró los ojos. Aquello era una locura, pero... ¡viva la locura! Tras tomar aire y saber que ella sentía exactamente lo mismo que él y que ante eso nada se podía hacer, abrió los ojos y, segura de lo que iba a decir, murmuró sonriendo:

—Te he echado de menos, William.

Aquellas simples palabras le hicieron saber a él que por fin todo estaba bien y suspiró mientras corregía:

—Willy, cariño. Willy para ti.

Volvía a tener a la mujer que amaba a su lado y, acercando sus labios a los de ella, la besó, sin importarle las docenas de ojos emocionados que los observaban, ni los aplausos que se oyeron tras aquel candoroso y romántico beso.

Una vez que sus bocas se separaron, Lizzy, sin comprender todavía lo que había ocurrido, fue a hablar cuando él la cogió entre sus brazos y, entre vótores, la sacó del restaurante.

—William, suéltame.

—Willy —murmuró él.

—Tengo que trabajar. —Ella rio.

—No, cielo. Hoy no trabajas. Te doy el día libre.

Divertida por aquello, sonrió y, al ver que bajaba la escalera del hotel mientras la gente aplaudía a su paso, preguntó:

—¿Adónde vamos?

William, feliz como nunca en su vida, anunció:

—A mi casa, que a partir de este instante es nuestra casa. Allí te desnudaré, te haré el amor y terminaré de convencerte para que te cases conmigo mañana mismo, aunque sea en Las Vegas. Ah, por cierto, hablé con tu padre esta mañana y tanto él como tu madre nos dan su bendición y no te esperan esta noche a dormir.

Alucinada, lo miró.

—¿Has hablado con mis padres?

Él asintió y explicó:

—Cuando saliste de casa, me recibieron y tuve una larga e interesante conversación con ellos. Por cierto, tu madre hace unas tostadas muy ricas.

Boquiabierta al pensar en sus padres, soltó una carcajada y, observándolo, cuchicheó:

—Willy, estás loco.

Encantado por aquello, él la besó y añadió:

—Me encanta que me llames Willy y, sobre todo, saber que hago buena pareja con Lizzy *la Loca*.

La susodicha, al oír aquello, puso los ojos en blanco pero finalmente sonrió. Él acababa de cometer una gran locura por amor y, sin duda, ella no se iba a quedar atrás.

Los cuentos de princesas que su madre le leía cuando era pequeña no existían o raramente pasaban en la vida. Sin embargo, ella era una chica afortunada y su cuento de amor, con su morbosos y maravilloso príncipe llamado William, acababa de comenzar.



MEGAN MAXWELL. Es una reconocida y prolífica escritora del género romántico. De madre española y padre americano, ha publicado novelas como *Te lo dije* (2009), *Deseo concedido* (2010), *Fue un beso tonto* (2010), *Te esperaré toda mi vida* (2011), *Niyomismalosé* (2011), *Las ranas también se enamoran* (2011), *¿Y a ti qué te importa?* (2012), *Olvidé olvidarte* (2012), *Las guerreras Maxwell. Desde donde se domine la llanura* (2012), *Los príncipes azules también destiñen* (2012), *Pídeme lo que quieras* (2012), *Casi una novela* (2013), *Llámame Bombón* (2013) y *Pídeme lo que quieras, ahora y siempre* (2013), además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica; en 2010, 2011 y 2012 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com y en 2013 recibió el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta).

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Megan Maxwell vive en un precioso pueblecito de Madrid, en compañía de su marido, sus hijos, su perro Drako y su gato Romeo.

Notas

[1] *Rude*, Sony Music Entertainment International Limited, interpretada por Magic! (N. de la e.). <<

[2] *Puedes contar conmigo*, Ariola, interpretada por La Oreja de Van Gogh. (N. de la e.) <<

[3] *The Chamber*; *Roxie Records*, Inc., interpretada por Lenny Kravitz. (*N. de la e.*) <<

[4] Véase nota 2. <<

[5] *Sé que te voy a amar*, 2005 Warner Music Spain S.A., interpretada por Rosario Flores. (N. de la e.) <<

[6] Véase nota 5. <<

[7] Véase nota 2. <<

[8] Véase nota 5. <<